

LOS  
ESPAÑOLES EN EL PACIFICO

EPISODIO HISTORICO  
ENLAZADO A UN CUADRO DE COSTUMBRES

ESCRITO POR

FEDERICO DURR.

*Lizardo Revolle*

**LITTA**

IMPRESA DE «EL COMERCIO» POR J. R. SANCHEZ

CALLE DE LA RIFA NUM. 44.

1873.

## TITULOS DE LOS CAPITULOS

### QUE COMPRENDE ESTA OBRITA.

- 
- INTRODUCCION—Mi Patria.  
I—Conciliábulos.  
II—Lo que no se alcanza por dinero.  
III—Vision óptica.  
IV—La filosofia del patritismo.  
V—Mas vale caer en gracia.  
VI—Espinar satisfecho y Bachini atormentado.  
VII—Un desgraciado.  
VIII—Lobo y Cordero.  
IX—Rasgos biográficos.  
X—Juego de Candelas.  
XI—Industria de Candelas.  
XII—Preparaciones.  
XIII—Despedida de un esposo.  
XIV—Nerviosidades.  
XV—El 14 de Abril de 1864.  
XVI—Sacudimientos.  
XVII—Resúmen hasta el 27 de Noviembre de 1865.  
XVIII—El corazon de una limeña.  
XIX—Mudanzas del tiempo.  
XX—Despedida á la europea.  
XXI—Del 27 de Noviembre de 1865, al 1º de Mayo de 1866.  
XXII—Jornada memorable.  
XXIII—Llúvia de coronas y de flores.  
XXIV—¿Dormido ó despierto?  
XXV—Recompensas de un antiguo amigo.  
XXVI—Fatal encuentro.  
XXVII—Con la vara que mides seras medido.  
XXVIII—La plegaria del dolor.

# INTRODUCCION.

---

## Mi Pátria.

El Perú, es la verdadera tierra de promision de los tiempos modernos.

Su ameno y delicioso territorio en toda su vasta estension, no solamente encierra el germen fecundísimo de grandes é inapreciables bienes, debidos á la pródiga naturaleza; sino que ellos mismos se brindan á la mano del hombre que le habita.

Las mas coposas y variadas plantas, los mas crecidos arbustos, flores vistosísimas y fragantes, se hayan por do quiera, en grandiosa profusion.

Sus tierras fértiles y virginales, permiten que un grano caido se multiplique prodigiosamente.

Productos gustosos y nutritivos para la manutencion; sabrosísimas y sazonadas frutas; espontáneos vegetales, que mitigan las dolencias del cuerpo y le devuelven su perdido vigor: todo lo encuentra el ser viviente con providencial abundancia, y para poseerlo, le basta tan solo desearlo.

Si para explorarla, se quiere profundizar en el seno de la tierra, hállanse los mas preciosos é inagotables metales; y el purísimo oro, se palpa en las márgenes y hasta en el fondo de los rios.

El rubí, la esmeralda, los topacios, se forman también indudablemente. Las preciosísimas perlas, cual gruesas gotas de matinal rocío, se vislumbran al travez de las aguas cristalinas; y para colmo de una exuberancia sin igual é incomparable, existen en sus mares apacibles, esas peñas jigantes que sirven de lecho al vivificante abono, envidiable manantial de inmensas riquezas, que todos conocemos con el nombre de *huano*.

Los mismos elementos no chocan bajo su cielo recreador, con la misma rujiente bravara luengas distancias; si alguna vez estalla el rayo y el trueno brama, no forman sus magestuosos efectos, ese hórrido aparato, que pueda retraer al campesino, de sus festivos é inocentes placeres.

Todos viven refrigerados en una atmósfera suave y saludable, que en una de sus regiones, desnubla una primavera siempre continuada; nada aquí se aniquila, conservándose no tan solo sus rarezas esclusivas; sino el creado conjunto de todo cuanto la Divina Providencia, ha esparcido en los demás cultivos de la tierra, para bien y utilidad del hombre.

Al Perú, á esta nacion privilegiada y la mas rica del Universo, acuden presurosos, los hombres de uno y otro hemisferio.

Esa decrepita y ponderada Europa, que á tantos de sus propios hijos arroja de su seno impelidos por la escases y las necesidades... ¡Infelices! que obligados á separarse de las playas de su patria, encuentran en las del Perú, la abundancia que ellos jamás conocieron, ni tal vez imaginaron.

En buena hora elamen desde una dilatada distancia al lugar de sus recuerdos infantiles, exhalando el ¡ay! del expatriado, que ama el trozo de estéril tierra que le viera nacer; envuelto en esos mismos primeros afectos, hallaran también unida la triste y fatal memoria de sus pasadas adversidades!

En el Perú miran una nueva patria aunque mas prodiga y generosa.

Si anhelan oro, abundancia de riquezas, tienen en el trabajo una pródiga compensacion, pues cada gota de sudor que baña la frente del obrero, es para todos un grano de precioso metal, que el extranjero con vehemencia atesora.

Si buscan la absorcion gozosa de la mente contemplativa, tienen para admirar, el grandioso panorama, de una naturaleza llena de esplendorosa majestad y de hermosura.

Y si en las decepciones de la vida, necesitan de un consuelo fraternal, de una voz amiga, el carácter noble y franco de sus habitantes, inspira en sus almas, la dulce confianza que les alimenta.

No es pues extraño que todos se dirijan á la tierra de la abundancia, al pais bendecido por la mano del mismo Dios, y el que harto de vida y de floreciente fertilidad, exporta sus productos vivificadores á los demás lugares, en que la miseria y la esterilidad, diezma á sus habitantes.

Así las riquezas naturales del Perú, son el dorado ensueño de todos los hombres, como sus islas huaneras, la sedienta ambición de los tiránicos monarcas.

## I

### Conciliabulos.

Los dias patrióticos que reconmemora la República con grato regocijo, en homenaje á su libertad, autonomia é instituciones democráticas, fueron mas espléndidamente celebrados en el año de 1862.

En efecto, todos los pueblos del Perú, festejaron en aquel año, con extraordinario entusiasmo, el recuerdo de las glorias patrias, indignados por la invasion liberticida de una gran potencia europea, contra la República Mejicana, y por el fatídico anuncio del atentado que aguardaba al Perú, por la flota española, pronta ya á surcar nuestros mares, bajo el fútil dictado de *expedición científica*.

Nada es en verdad mas justo y laudable para una nacion perfectamente conocedora de sus lejitimos derechos; nada mas grande y glorioso á los hijos de la República, que prepararse en las horas solemnes del sacrificio, retemplar sus fuerzas, para sostener con firmeza, la dignidad, las instituciones y la soberania nacional, prefiriendo la muerte y el exterminio, antes que sobre llevar una existencia envilecida.

Ahora bien: en ese memorado año de 1862, y en la misma noche de tan fausto recuerdo, estaban reunidos algunos europeos, en un elegante salon de unos altos situados en la calle de San Pedro, de la ciudad de Lima, los que habitaba un acaudalado francés llamado Mr. Olivier, en union de su esposa y de una hija bastante bella y virtuosa llamada Leonor.

Adicto Mr. Olivier, como han sido todos los franceses, á los profundos cálculos y proyectos dominadores de su destronado y ya muerto Emperador Napoleon III, habia cedido el expresado salon de su casa, para el objeto que aunque ligeramente estractaremos.

Una magnífica mesa cubierta de esquisitos vinos, y de una rica variedad de manjares delicados, fué por insinuacion de Mr. Olivier, desde luego ocupada por todas las personas, entre las que no habia un solo americano.

La reunion era compuesta de ingleses, españoles, franceses é italianos, en número de veintiocho, poseedores todos de fuertes capitales, adquiridos en el pais, con excepcion de un español llamado Espinar de Lobo, que reconocido entre sus paisanos por agente secreto del gobierno de Isabel II, hacia apenas cuatro meses se encontraba en la capital.

Una aparente cordialidad parecía reinar entre todos.

La proposicion de un brindis general fué aceptada con entusiasmo.

El citado español Espinar de Lobo, tomó primero la palabra, expresando en un tono que se esforzaba hacer arrogante, el siguiente extensivo discurso, que nuestros lectores disimularán se lo trasmitamos íntegro, con sus demás *peripécies*.

—«Es señores una grata complacencia para todo corazon verdaderamente europeo, contemplan la íntima y fraternal union que siempre reina entre nosotros. No es en verdad, una asociacion de resultados estériles, la que desde mi llegada á esta capital, venimos formando en representacion cada cual de su respectiva nacionalidad; pues el fin benéficamente propuesto, y al que unidos nos encaminamos, es en alto grado necesario y filantrópico.

«Nosotros, señores, demaciado lo sabeis, no tan solo amamos la pátria que nos diera el ser, y que en las mas dilatadas regiones del orbe, nos tiende su poderoso brazo protector; sino que tambien deseamos el bien, aun para todos aquellos pueblos que no lo merecen.

«La presencia del europeo civilizado, es en todas partes útil, es un anuncio elocuente, del progreso y bienestar que aguarda allugar que holla con su planta, sin atender jamás, á la ingratitude de sus moradores.

«Este hermoso pais que atrae nuestras afecciones, y que conmueve nuestro carácter esencialmente generoso, será en breve regenerado por la intervencion armada que nuestros mútuos esfuerzos le han prevenido.

«No se presentará mas á la atónita mirada de los pueblos cultos, el cuadro repugnante y escandalizador, de las interminables y sangrientas luchas fraticidas de! Peru; del derrochamiento infame y criminal de sus pingües riquezas; de su absoluta y deplorable desorganizacion social, obra esclusiva de sus *próprios hijos*, insaciables de oro, de mando, de exterminio, á la funesta sombra de utópicas instituciones! Son ellos mismos los que destruyen esta importante seccion de nuestra America, exánime ya de fuerzas para salir de la abyeccion en que la han sumerjido!

«Extendad vuestra certera mirada por todos los ámbitos de este privilegiado país; consebid por un instante la idea clara de sus grandes recursos é ingentes sumas ingresadas á sus arcas fiscales; y decid, ¿adonde existen las obras públicas llevadas á feliz término, para el desarrollo y engrandecimiento nacional? ¿adonde las industrias establecidas y fomentadas practicamente? ¿cuáles son las artes bellas y útiles que se ejercitan, óales las ciencias de importante aplicación que se protejen? Responded con ingenuidad, vosotros que habeis recorrido las principales ciudades, de progreso y adelanto, decid si viciásteis alguna mas estéril que esta en inventos y descubrimientos útiles, mas negligente para el trabajo práctico y para la absorcion intelectual?.....

«Observareis si, como triste equilibrio y por do quiera, ruinas!..... arrollos de sangre!..... pillajes!..... debastacion!!.....

«Detengo señores mis palabras, ahogando la justa indignacion de mi alma, para patentizaros los primorosos efectos de nuestra constancia, en la representacion que paso á leeros dirigida, humildemente á mi amada Soberana doña Isabel II, y suscrita por muchos y notabilísimos españoles residentes, y por otras personas de distintas nacionalidades, que comprenden innumerables firmas, necesarias de ser encabezadas por las vuestras.

«Los términos aunque algo apartados de la diplomacia, son notables por su veracidad; y advertid, que de ninguna manera podemos disimular ante nuestro gobierno los hechos referentes á nosotros, mal que cuadren á nuestro amor propio; atended pues sin alteracion á su tenor que es como sigue:

## Representacion.

Señora:

Cuando esta respetuosa y verídica esposicion, llegue á las augustas manos de V. M., pública se hará en España, muy conocido de vuestro ilustrado y magnánimo gobierno, y de todas las naciones cultas, la situacion harto significativa de nosotros y de estos pueblos, que tan seria y trascendentalmente deben influir en las especiales relaciones, que unieron ántes y deben unir siempre, á la colonia del Perú con su metrópoli.

Toca á V. M., apreciarlas en su alta sabiduria.

Tiempo ha, que arrojados infaustamente, de los remotos climas de nuestra amada patria, y corriendo de desgracia en desgracia, arribamos aunque pobres y desvalidos, á estas exuberan-

tes playas, atraídos por el laudable afán de poseer riquezas, y dejar de ser para siempre infortunados. Venimos, amparados en la incontrastable firmeza de nuestra buena voluntad, y *patrióticas* intenciones; resueltos á cumplir nuestra elevada misión, sin olvidar, cuanto guarda de mas caro el corazón del europeo, *sus glorias, su poder, su plata, sus hogares.*

¡Contemplad oh señora! cuántos sufrimientos no habremos saboreado!

Verdad es, y os lo repetimos, que llegamos á estos pueblos, sin un solo real en la faltriquera, pobres, pobrísimos, y al caer nos muertos en nuestro sacrificio, porque de nuestra cara tierra, apenas sacamos un pasaporte, según y como vienen en gran mayoría, de todas partes, á semejanza de los apóstoles del Evangelio; pero estableciéndonos rebosantes de fuerza, de valor, de audacia, de arrogante altivez, para alucinar á estos necios, y para llevar á cabo, cuanto á nuestro saber y entender, pudiera convenirnos.

Vivimos al presente, aunque descontentos y hastiados, porque no es esto ni España, ni Francia, ni Italia, ni Londres, pero dulcemente abandonados á ese grato descanso *del dulce far niente*, que nos dá la opulente fuerza de nuestros capitales, adquiridos en muy pocos años de trabajo y de *vivas especulaciones*, enlazados con mugeres bellas y ricas, tranquilos y garantidos en las leyes, que si se ajustan para oprimir al peruano, mucho se ensanchan y elastican, para proteger, amparar, dar libertad absoluta, completa, irrestringible, á cuanto el europeo quiere, solicita, pide, le dá gana, porque reina en el ánimo de estos pueblos, terrífico miedo, al olor de la pólvora, del plomo, del acero, del proyectil trasatlántico.

Pero angustísima reina, ¿qué vale todo esto? qué puede importar á los monarcas de la Europa, el que aquí goce una parte de sus rendidos subditos, los suspirados bienes que son el ayuno perpétuo de sus reinos, si los que allá moran pasan tan cruentas crujidas?

Por otra parte; ¿con qué derecho gozan los peruanos de las riquezas del Perú? Los peruanos ¡oh soberana señora! no son peruanos, porque unos son *sfrancesados* ó á la inglesa, otros orientales ó á la española, ninguno quiere ser peruano, porque ninguno se acomoda á las influencias benignas del clima del país, á sus sencillas y modestas costumbres, émulos unos de otros, rivales intransijibles, *no caben entre ellos*, suspirando por tener un dueño europeo. ¿Y por qué no ha de serlo la reina de España, que por justos y rectos títulos, es la dueña absoluta y soberana de lo que un día poseyó feliz, y está en su conveniencia poseer siempre?

Cual estáticos imitadores de nuestro caballero andante del Toboso, cuyos heroicos é inborrables días, no morirán nunca,

pues viven inmortalizados por los efectos del arrojo, de las luchas aéreas, del sacrificio, del amor constante; así los peruanos, ¡oh angustísima reina! miran en vos, el íntimo objeto de sus congratulantes desvelos, y buscan la hora ó instante próspero de llamaros con elocuente lenguaje:

—¡Venid, venid, que los brazos populares os estrecharán efusivamente!

Atendedlos ¡oh soberana reina! y no desecheis sus turbulentas plegarias.

Por lo demás, ningún sentimiento indigno nos mueve á elevaros nuestra débil voz, siempre humilde y respetuosa, aunque incompatible con la tradicional altivez de nuestro carácter.

La hospitalidad tiene sus deberes, los tiene igualmente la verdad y la justicia; pero al tratarse de nuestro afecto pátrio, del bienestar de la Europa, de su convalecencia en la enfermedad constitucional que le aqueja, entónces ya los fueros varían de especie, y nos tornaremos por ayudaros, en hércules y en sansiones, pues cumplir con tan imperioso deber, es una necesidad de nuestro corazón, es la ardiente ansiedad de los leales súbditos de V. M., hacer partícipes á todos los paisanos, de la dulce y suave dicha que aquí nos hacen gozar.

Dignaos ¡Oh señora! aceptar el homenaje de nuestras vidas y haciendas; la adhesión y amor impetuoso de nuestros leales pechos, y los purísimos votos que al cielo dirijimos por la dicha de V. M., de la real familia, allegados, adictos y amorosos satélites que por do quiera os circundan, como que sois la estrella polar de la Europa.

De V. M. humildísimos súbditos.

---

Los grandes pliegos de papel que contenían las firmas á que se refería el agente secreto, pasaron de mano en mano, suscribiendo todos en el espacio que les estaba señalado, concluido lo cual, prosiguió Espinar, con visible satisfacción.

—«Señores: un sentimiento de elevada justicia, una idea expansiva hácia el bien, movió á todos los presentes y demás consocios, á identificarse anhelando un grande y mismo fin, cual es, el de salvar estos pueblos tan apartados del núcleo civilizador, evidentiéndoles su próxima é inminente ruina.

«Lo hemos pues conseguido, mediante nuestros trabajos, nuestras sábias convinaciones, y con el abnegado auxilio de mi reina y señora, pudiendo enérgicamente proclamar á toda la América de nuestra degenerada raza:—«Se acabó para siempre

vuestra licenciosa libertad, y las perturbadoras instituciones, que adoptásteis para diezmar la nación para vejar la honra, para arrebatar la propiedad ajena».—«Eas campanas que ois se están echando á vuelo, y cuyo siniestro sonido ofusca ahora mi voz, es el significativo anuncio, que el libertinage pronto desaparecerá, unido á todos los hombres que lo promueven».

El orador cesó luego de hablar, y la tenebrosa asamblea permaneció por un instante silenciosa.

Mr. Olivier, tomó en seguida la palabra, y haciendo en cada erre una bulla gutural, dijo:

—«No creo exácto el último de los conceptos emitido por el señor Espinar de Lobo, cuando dice; que la pacificacion y reforma del Perú, serán debidos á los auxilios generosos que prestará doña Isabel de España. Es ciertamente una de las mas incalificables peccadas, agregó, dando con furor un golpe sobre la mesa: es una insensates, es un ridiculismo, ostentar con gala las propiedades ajenas, lo mismo que el grajo vistiendo las plumas del pavo real.

«¿Qué tiene la España señores? hambre, trampas, descrédito y miseria, ¿y qué puede dar quien nada tiene?»

«Algunos previsores gobiernos, han elevado separadamente de esta sociedad, ardientes súplicas al Emperador, rogándole, acoga estas desordenadas repúblicas bajo su poderosa proteccion.

«No es pues la España, sino la grande, la invencible Francia, quien derrama noblemente el oro, y la sangre de sus heróicos hijos, en bien de la humanidad. Es la presencia del águila imperial, la que hace estremecer desde sus alturas, á todos los despotas y mas torpes tiranuelos del Universo!»

—«Al orden, al orden; llamó un flemático y tieso ingles, os estais desviando de la cuestion, perdiendo en declamaciones, lo que mas vale, qué es el tiempo.

«Ni la Francia, ni la España, valen tanto como la Gran Albion, nadie como la robusta Inglaterra, puede presentar tanto oro, para sacar de sus enredos y apuros á las naciones todas, tanto del viejo como del nuevo mundo!».....

—«Os equivocais Mr. Jhon, le interrumpió altivamente Espinar de Lobo; la mayor parte de los metales que circulan en todos los lugares civilizados, han sido extraidos de los inagotables depósitos existentes en el Perú.

«Desde que la España, civilizó este pais, dándole leyes, idioma, costumbres cultas, el conocimiento del verdadero Dios; y desde que en virtud de sus derechos preexistentes, habrá de dominarla aún, es por demostracion la mas rica de Europa».

Mr. Olivier se puso entónces de pié, con la resolucion manifiesta de chocar con el agente; pero la espresiva mirada de un socio menos necio y mas reflexivo, le hizo volver en sí, recordándole toda la moderacion que debia observar en su casa.

Así fué como terminó este insidente tan insignificante á primera vista.

Hablaron despues algunos otros sócios sobre el tema principal.

Sucedianse mientras tanto las copas del exitante vino, hasta el punto de que, ya no eran los discursos meras calumnias y manifiestas exageraciones de opróbio al Perú, sino una redundancia grotesca de insultos tabernários.

Dos horas permanecieron en la mesa, saboreando con siniestro goce; las ricas bebidas que un tanto refrigeraban sus almas henchidas del mas profundo é invencible aborrecimiento.

Terminada que fué la báquica asamblea, pasaron los miembros al salon principal de recibo, donde se encontraba la familia Olivier, rindiendo cortesmente sus atenciones á la señora Duval y su hija Mercedes, que habian entrado de visita,

*Lizardo Revolle*

## II

### Lo que no se alcanza por dinero.

Apoyado gallardamente Espinar de Lobo en el brazo del francés, penetró al suntuoso salon de recibo, dirigiendo con estudiada galanteria, su saludo, á la esposa de Olivier, y á su bella hija Leonor; asercándose luego á la conosida familia Duval, les significó su complacencia de verlas á esa hora.

—Os damos mil gracias, señor Espinar, le respondió la señora Juana, con amabilidad, aunque á decir verdad, no contábamos con el gusto de veros en esta noche.

—¿Tendrais la bondad de expresarme la causa?

—Porque os considerábamos atraido á la plaza por los alientes del 28 de Julio.

—¡Oh señora! repuso el español con gesto desdeñoso; jamás dispé mis pensamientos en bulliciosas algazaras.

—¿No cuadra acaso á vuestro carácter circunspecto, las entusiastas demostraciones del pueblo? preguntóle timidamente la hija de la señora Duval.

—No digo tal, señorita Mercedes, repuso con simulada afectacion; solo que, no deben ellas distraer los momentos gratísimos que solo anhelo pasar en vuestra amable compañía.

—¿Sabes querida amiga, que el señor Espinar, es el mas cumplido caballero? le interrumpió la bella Leonor Olivier, acercándose á la Duval.

—Quisiera en verdad ser tan cortes, como vos sois encantadora! la respondió el español galantemente.

Una nueva visita penetró en el salon.

Era la de un elegante y bien apersonado jóven, como de 34 años de edad.

—¿No lo estaba yo pensando? dijo en alta voz Olivier á la señora Duval; juzgaba imposible que vuestro hijo Manuel demorase cinco minutos mas.

El caballero recién venido saludó á toda la reunion con ese noble desembarazo que mas realzaba sus atractivos; tomando en seguida asiento, no sin haber lanzado furtivamente una significativa mirada á la bella Leonor, que ella correspondió con íntima animacion y contento.

Uno de los miembros de la asamblea nombrado Bachini, de nacionalidad italiano, pendiente como habia estado de la hija del frances, observó con celoso encono, ese cambio de elocuentes miradas, que le presagiaron á un rival afortunado.

La conversacion interrumpida adquirió nueva animacion; se trató en ella del entusiasmo popular, de la formacion del ejército, de los fuegos artificiales y del teatro; permaneciendo Espinar silencioso, durante la descripcion de estos espectaculos.

Momentos despues, y á instancias de la sociedad, tocaron alternativamente en el piano, Leonor y Mercedes, armoniosas y escogidas piezas musicales, que infundieron en los oyentes, muy gratas y dulces impresiones.

Una hora se pasó cual un segundo, con la fugasidad del meteoró, arrobados en esos melodiosos trinos, que crea el talento del artista, y que á todos brinda cual preciosas perlas desde el modesto rincon de su aposento.

Al cabo de pocos instantes, la familia Duval se retiró acompañada del español Espinar, en direccion á la calle de San Marcelo, donde estaba situado el elegante domicilio.

El italiano Bachini, salió tambien, demostrando los tormentos de su cabeza, y sosteniendo consigo mismo, el siguiente monólogo.

—Hay hombres verdaderamente felices, hombres que solo han nacido para serlo, y cuyo estigma lo llevan gravado en su propia fisionomia!... A este privilegiado número pertenece aquel á quien ama Leonor, mi fatidico rival Manuel! ¿De qué me sirve pues, agregó con alterado acento, haber reunido tanto dinero á costa de recios trabajos y grandes privaciones? ¿de qué, haber pasado desde el grasoso mostrador en que preparaba mis frituras populares, hasta el opulento escritorio en que ahora jiro mis fuertes capitales, si con el oro que acumulo vehemente, no puedo satisfacer un deseo de mi corazon!.....¿De qué me valen todas las riquezas, si á otro ama la encantadora muger que yo adoro!.....¡Ah!...en vano contemplo sin cansarme, con ánsia imponderable, su hechizera hermosura, que violentamente ha-

ce latir mis sienes, volcaniza mi cerebro, y reseca mi garganta; pues nada siente ella al mirarme, ó mejor dicho, no fija en mi sus lindos ojos!...y por qué ese desden! por qué tan cruel indiferencia!...

Esclamaba iracundo, al penetrar en su dormitorio, y dejándose caer despechado en el mullido lecho.

### III

#### Vision óptica.

La virginal y peregrina belleza de Leonor Olivier, habia impresionado intimamente el sensible corazon del caballero, que ya conocemos con el nombre de Manuel Duval.

Hubo un dia en que por vez primera, se presentó á su mirada ese fascinador y admirable conjunto de singulares perfecciones, brindándole todas á ejercitar los mas tiernos afectos de su pecho.

Deleitado quedó Manuel en la contemplacion de tan extrema belleza; dominado de frenético entusiasmo, parecia que ese ser que admiraba en sublime arrobamiento, mas que terrenal muger, seria su angel tutelar, desendido de altísimas é invisibles regiones, para dulcificar las horas de su lánguido vivir.

Por algunos instantes, esa enervante expansion que le adueñaba, exitó su ardorosa fantasía.

El anheló entónces despojarse de la carnal vestidura que lo ligaba en el mundo, y unir su abrazado espíritu á esa vision sublime y refulgente!...

Si fuera acaso la Eva del paraíso, suspirara fervoroso para vivificarse en esa creacion recreadora y admirable del mismo Dios, trasportándose en gratisimo vínculo, al jardín de inmortales delicias!...

Mas la verdadera realidad, desvaneci6 presto sus juveniles ilusiones, é hizo calmar el fuego de su mente.

Ella era simple y virginal muger, aunque la mas hermosa y seductora.

La imágen desendida, sin embargo, no le entristeci6; antes bien, desde aquel memorable instante, sintió en su pecho, la indescribible y fatal perturbacion que anonada la paz de la vida!

El la amó con fervido y ciego frenesi, y rindi6 á los encantos de su amada, el tributo de sus vehementes adoraciones.

Gratisimos momentos de coloquios lánguidos y embriagadores, mesian su alma amante, entre las iluciones y las esperanzas, precursoras de su dicha.

Los purpurinos labios de su bella amada, una y mil veces se entreabrian con gracia encantadora, declarándole con sin igual ternura:

—Te amo Manuel, te amo con toda mi alma!

Y el corazon del hombre afortunado, palpitante de gozosas emociones, se inspiraba en el ardiente fuego de ese mismo sublimado afecto.

Entónces el astro maldecido de desesperacion y de lágrimas, tornábase en la macion risueña, que el peregrino y adorado ser, embellecia con el fulgor de sus hechizos!

Aquellos instantes de gratisima expansion, asi pasaban veloces, imprimiendo en el corazon del amante, áncias vehementes, que ella siempre acallaba con sus dulces promesas de venturoso 'himeneo!

#### IV

### La Filosofia del patriotismo.

En uno de los principales departamentos del concurrido hotel L'Europe, se hallaba comodamente alojado el español D. Roberto Espinar de Lobo.

Serian las tres de la tarde, del 6 de Agosto de 1862 cuando dicho *personaje*, reclinado en su bufete, leía atentamente una nota de reiteradas instrucciones que habia recibido de su go, bierno.

Las primeras palabras del encabezamiento decian:

*A nuestro Agente secreto D. Roberto Espinar de Lobo.*

Momentos despues de haber sido impuesto de ella, le anunció el mayordomo, la visita de un caballero que deseaba hablarle, al cual permitió la entrada.

Era un individuo que representaba 38 años de edad, de mediana estatura, algo grueso, vestido modestamente, aunque con pretenciones de aparecer un militar retirado, tanto por la anchura y corte de sus pantalones, y la manera de llevar la corbata, como por la forma que habia dado á su mostacho lacio y negro.

Cierto aire especial y siniestro, en todo el conjunto de sus toscas facciones, la espresion de su rostro, y su color un tanto cobrizo, revelaban que no habia nacido en la capital.

—Pasad adelante; caballero, le insinuó políticamente Espinar, y dignaos decir el objeto de vuestra venida.

—Con el mayor placer, señor Ajente, dijo el visitante, tomando comodamente asiento en una poltrona, con los aires del que vá á expresar palabras muy graves y solemnes.—Soy el comandante de los ejércitos del Perú, Nuño de Castro—

—Muy bien, señor comandante Nuño de Castro, podeis hablar libremente.

Despues de hacer una breve pausa, demostrando se entregaba á serias reflexiones, habló en tono marcado.

—Como os he impuesto verídicamente, soy Comandante de los ejércitos del Perú, es decir, que en momentos dados, pende la suerte de la pátria, de la punta de mi espada.

El Ajente hizo una señal de sarcástica afirmacion.

—Vos señor Ajente, prosiguió diciendo con pedantesca afectacion, os encontrais en Lima, investido por el gobierno español, de un carácter reservado, desempeñando una comision de muy trascendentales resultados: porque es preciso advertiros, que no es posible ignoremos los peruanos, nada de cuanto se relaciona al futuro bienestar de nuestra pátria, y os lo digo en dos palabras; el gobierno de D.<sup>a</sup> Isabel II, se propone resguardar con sus armas, las riquezas de la nacion, y subyugar su licenciocidad política.

El Ajente abrió mas los ojos.

La nacionalidad española prosiguió el hablante, merece en estos paises, muy viva simpatia, como bien se ha demostrado en la presente ocasion, de hallarse en estas aguas, una parte de las fuerzas maritimas peninsulares. Los jefes de las mas nobles y distinguidas familias, y las señoras mas influyentes y caracterizadas, se han disputado el honor de rendir sus obsequios, y tributar todo género de consideraciones, á vuestros denodados marinos y nobles compatriotas.

Aquí tengo el honor de presentaros, añadió dándole unos pliegos de papel escritos, las listas que contienen los nombres de todas las personas que se dirijen á voz, y á quienes represento, con el objeto de aseguraros su lealtad y firme resolucion, de sostener y coadyuvar con sus personas é intereses, á los planes secretos, que muy sabiamente tiene concertados el gobierno de S. M.

Todos los pueblos de Sud-América, desean sacudir la tiránica opresion de estos gobiernos bastardos é inmorales; quieren formar una sola nacionalidad, adoptando la forma de gobierno que juzguen mas conforme á sus grandes fines, á su bienandanza y engrandecimiento futuro.

Ofrescoos para ese fin, mi importante cooperacion, y mi es-

pada, que no trepido en poner á vuestro servicio, jurando permanecer fiel, á la gran causa, que os proponéis sostener en el pacífico.

—Os damos por tal decision las gracias, caballero, le respondió el Agente, y contad siempre con nuestra amistad y particular aprecio. Decid en mi nombre á todos los señores inscriptos en esta lista, con quienes me he visto ya antes, que jamás dudaremos de la lealtad con que sabrán llenar sus sagrados compromisos, y que muy en breve procederemos de nuestra parte á dar el golpe de intimacion acordado, cuyos efectos se juzgan propicios al intento.

Algunas frases alhagadoras y de usual politica, pusieron término á la entrevista; y Nuño de Castro, se retiró satisfecho del partido que para su seguridad habia adoptado.

—Es esta la manera mas conveniente de ejercitar la *filosofia del patriotismo*, se decia con burlesca sonrisa; seré *godo* si los españoles vencen; y *patriota* si vencen los peruanos. Mientras tanto, aparezco como adicto ante cada uno de los partidos, sin ser ni del uno ni del otro, y siempre dispuesto para plegarme al vencedor.

Este nombre figurativo de *patriota*, prosiguió en su monólogo, debe sin duda alguna derivarse de algun termino griego, hebreo ó latino, que signifique *amor*. El *amor* cuando se eleva á virtud, toma el nombre de *caridad*; luego ser *patriota*, es ser *caritativo*. Ahora bien; si la caridad bien ordenada empieza por si mismo, para ser buen *patriota*, en perfecta conciencia, se necesita atender mucho á la *propia seguridad*, es decir, á las *faltriqueras*, no despreciar las buenas oportunidades, como yo prudentemente aprovecho la de estos solemnes instantes, esperando que las cosas vayan aclarando mas, para ir yo tambien asegurándome mejor.

«Ahora que recuerdo, murmuró retorciéndose sus mostachos; deba estarme esperando ese imbecil de Mariano de la Cruz, voy á él, pues alguna ventaja alcanzo siempre de sus exentricas torpezas.

Y se encaminó hácia la calle de San Agustin.

.....  
Despues que el Agente hubo quedado solo, sacó los grandes pliegos de las firmas agregadas posteriormente á la infame acta, leida en los conciliábulos de la casa Olivier; los dobló, cerró y selló, en forma de nota, para su remision á España, en el vapor que zarpaba ese mismo dia con direccion á Europa.

V

**Mas vale caer en gracia.**

La familia apellidada Duval, era una de las principales y mas pudientes de la capital de Lima, muy bien relacionada, y que gozaba de la mas honrosa reputacion.

Un español de este apellido, fué el que tuvo la fortuna de enlazarse con la hermosa Juana, hija de un coronel de fama y dinero en aquellos tiempos, y el que la dotó en cincuenta mil pesos fuertes, que el esposo, en sus especulaciones y largos viajes maritimos, elevó á tan cuantiosas sumas, que sin embargo de los fuertes quebrantos experimentados poco antes de su muerte, pudo legar á sus dos únicos hijos, Manuel y Mercedes, una fortuna saneada de trescientos mil duros.

La señora Juana, siempre triste, abatida, y fervorosamente entregada á las prácticas devotas, sentia por los dos frutos de su union conyugal, un entrañable amor, capaz de todo género de sacrificios.

Ambos de su parte, dignamente correspondian este afecto.

El carácter de su hija Mercedes, era esencialmente contemplativo, humilde, generoso, y muy inclinado á la devocion.

La belleza de su rostro era de un tipo suave, reflejante de sentimiento y poesia.

Tenia á la sazón 19 años de edad, y contaba gran número de declarados pretendientes, que ella sin saberlo atraia con su dinero, con sus recomendables dotes morales, y con su diáfano y esbelto talle.

Cada súplica dirigida á la señora Juana, por cualquiera de esos caballeros, referente á la adquisicion de la niña para esposa, era una hiriente punzada, asestada en su maternal y amoroso pecho.

Muy costoso le parecia el sacrificio de legar á otro esa preciosa joya, que anhelaba conservar, como el objeto predilecto de sus mas íntimas congratulaciones.

Pero las disposiciones de esa mano invisible, contrariaron bien luego sus propósitos.

Los artificiosos y precautorios manejos del español D. Ro-

berto Espinar de Lobo, fueron aunque lentamente venciendo las tenaces resistencias maternas, y sus prevenciones.

Para la señora Juana, fué de mucho valimiento la nacionalidad de Lobo, y su notoria fama de inteligencia y honradez.

Para la niña, obtuvo gracia por su agradable simpática fisonomía, por su aparente fino trato y delicadas maneras, y por las ficciosas muestras de extremado amor que nunca esquivó.

Su hermano Manuel, lo juzgó bueno, leal y empresista.

Bajo tan felices y favorables auspicios, Espinar de Lobo, solicitó y obtuvo la suspirada mano de Mercedes.

Espontaneamente la señora Juana y Manuel, acordaron poner á disposición del novio, la cantidad de cien mil pesos, que juzgaron suficientes para llevar á efecto cierto proyecto mercantil, del que detalladamente les habia impuesto.

Extremado fué el gozo de Espinar, aunque supo disimularlo admirablemente.

La noble Mercedes, dejaba por el contrario traslucir las dulces emociones que embargaban su alma enamorada.

Manuel anheló el enlace de su querida hermana, como el presagio de su incomparable dicha, unido á su amada Leonor.

Y la amorosa madre, sintiendo inconsolable toda la amargura producida por el afecto ya dividido de cada uno de sus hijos, vertía lágrimas de inmenso dolor, y exalaba el triste lamento de no seguir deslizándose rodeada de ellos, las postreras horas de su quebrantada existencia.

Así fué esperado el día ya sercano de las bodas.

## VI

### Espinar satisfecho, y Bachini atormentado.

Por los alrededores de una lujosa casa prevenida en esa noche como para una extraordinaria celebración, se paseaba con simulada impaciencia, un individuo que ponía muy especial esmero en reconocer á todas las personas que entraban, evitando el ser notado de ellas.

Toda vez que alguna familia venia en esa dirección, y por su esmerado traje, parecía pertenecer al número de las invitadas, se apresuraba á poner el lente, con el anhelo de ver á la que deseaba.

El aire de exajerada importancia con que daba después sus impacientes paseos; cierto embarazo y pretension en sus movi-

mientos, el gesto serio de la cara, adornada con sus patillas y ancho bigote, denotaban á un extranjero enriquecido en el pais, introducido por su dinero en la alta sociedad, y quien, al tratar de parodiar al hombre fino y educado, descubre miseramente su tosquedad y humilde origen.

Este individuo era el italiano Bachini.

No se habian pasado cinco minutos, cuando siente acercarse un coche, en cuyas señales observó con indecible contento, ser el de la familia que aguardaba, el cual, momentos despues, paró en la misma indicada casa.

El corazon de Bachini, latió con extraordinaria fuerza.

Apénas le faltaban cuatro pasos para llegar á la portezuela del carruaje, cuando esta era ya abierta por un esbelto jóven, que tendiendo su mano, ayudó á bajar á la encantadora Leonor y á su mamá.

—Dignaos pasar adelante señor Bachini, le insinuó Manuel amablemente, ofreciendo el brazo á Leonor, y dando lugar á que el invitado acompañase á la señora.

Asi lo hizo este, con manifiesta contrariedad.

Las dos parejas penetraron en los lujosos é iluminados salones de la predicha casa, perteneciente á la familia Duval.

.....  
Expléndido fué el festin que se siguió á la ceremonia religiosa del desposorio de Mercedes y Espinar de Lobo; y grande la satisfaccion demostrada en el semblante de todos los convidados.

Reunida allí, la mas selecta juventud de la sociedad limeña, engalanada con arte y profucion, ajitaban sus cuerpos y sus pies, al compás de una alegre música, que mas los animaba, guardando las reglas establecidas en cada una de las danzas importadas de la Europa.

Quince ó veinte parejas recorrian los bastos salones con una especie de furor, que daba lugar á que un observador concienzudo, los hubiese calificado de verdaderos *frenéticos*.

Hombres con crecidas barbas en su rostro, y señoritas reflexivas y circunspectas, brincaban y corrian formando piruetas á la parisiense ó á la española, con indecible entusiasmo, segun es moda, hasta que rendidos por el cansancio y la fatiga, y destilando gruesas gotas de sudor, caian sobre los cómodos divanes, ó salian al espacioso corredor, en pos de la brisa refrigerante.

Entre las parejas que danzaban, se distinguia la de Leonor y Manuel, que aprovechando alegremente las vueltas y corridas del baile, y perdiéndose entre el bullicio de las otras parejas, nadie habria podido hallarlos, á no ser la mirada perenne del italiano Bachini.

Despues de las cuatro de la mañana, la casa estaba ya silenciosa, las luces apagadas, y toda la familia entregada al cansano.

## VII

### Un desgraciado.

Acababa de levantarse del confortable lecho, sin haber podido conciliar el sueño, un jóven de agradable físico y como de 36 años de edad.

El reló acababa de dar nueve campanadas, y el sol estendia por do quiera sus ardientes rayos.

Las habitaciones de este individuo, eran elegantes, pero no lujosas, y demostraban que vivia solo.

El negligé que vestia, era tambien aseado y de buen gusto.

Inmediatamente se dirigió á una caja de hierro, la que despues de abrir, sacó de ella algunos puñados de monedas de plata que fué arrojando sobre una mesa, hasta dejar exáusta esa arca.

—¡Ni una moneda mas!... exclamó con manifiesto despecho, ¡quién creyera, que esta miserable suma es cuanto poseo en metálico!...

¿Contólas en seguida, formando el total de 432 pesos.

—No hacen seis meses todavia, prosiguió diciéndose á si mismo, que apenas alcanzaba á colocar sobre esta misma mesa, la cuarta parte de mis fondos efectivos; y hoy al depositar en ella mi último óbolo, parece que su vaciedad lanzara sobre mí, una acusacion y una amenaza!...

¿Adónde existen esas sumas de dinero que afortunadamente reñi durante el tiempo de las falsificaciones y otros calculos indebidos, pero realizados con laudable tino?

«Responde, Mariano de la Cruz, ¿Qué has hecho de todo el numerario que constituia tu envidiable capital?

«Esas escasas y miserables monedas que acabas de contar con dolorosa amargura, forman acaso el último resto, que sostiene tus esperanzas?...

«Pues bien, necio derrochador; siguió hablando con acento desesperante: ahora vas á escuchar mal que te cuadre, la implacable voz de la conciencia que te acusa, y de tu mente, el frio racionio que desvelará tus torpes iluciones y ha de condenarte!

«Escucha, pero desde aquel principio en que nada compren-

días por tí mismo...desde la primera hora en que caíste á la vida como un fruto desprendido de maldición...desde cuando mirabas la luz del mundo con tus ojos bañados en lágrimas, y exalaba tu pecho, el tierno é inosente suspiro, que de tus posteros dolores era el presagio!...

La mirada, del hombre iba haciéndose sombría, y en todo su ser se revelaba un profundo penar.

Sacó luego de una cajita un papel que desdobló.

—«Lee por segunda vez, la historia de tu nacimiento, conforme te lo narró en sus agonias, la noble matrona Ines, que tanto te querias; recuerda desde allí, las crueles transiciones de tu vida...lee, medita, y sufrel!...

«Saliste del admirable seno maternal, lleno de vida, para aumentar el prodigioso número de seres creados que pueblan la tierra, mas al anunciarla con tu primer gemido, hiciste estremecer á tu madre de horror y de vergüenza...!

«La matrona Ines que la auxiliaba, le presentó á su hijo con faz risueña, te presentó á tí, que á la verdad, naciste bello y robusto; ella sin embargo, solo te miró un instante, y luego separó su vista acosada por los remordimientos.

—«¡Quitadlo!...¡quitadlo!...gritaba estendiendo su torneado brazo, yo no debo contemplar el fruto de mi ignominial!...

«En ese momento, penetró un jóven militar de alta graduacion; su tez era de color bronceado, y su actitud marcial, que á todos imponia.

«Miró á tu madre llena de agitacion en el lecho, y vino despues donde tí, para besarte.

«Esa fué la única caricia paternal que recibiste, porque en esa misma noche, partió, para recibir la muerte en el lugar donde la rebelion, acababa de levantar su serpiente cabeza.

«La inesperada marcha del amante, y la próxima venida del burlado esposo, acabaron de anonadar á la culpable.

«Una hora despues, tu misma madre, colgaba de tu diminuto cuello, ese precioso relicario que te acompaña hasta hoy, y que ella tanto amó, como un recuerdo de sus padres.

«Lágrimas de horrible desesperacion surcaban sus pálidas mejillas, y un temblor convulso sacudia hasta lo íntimo de su ser. ¡Ah!...Entónces dirijía á tí, sus miradas de ternura inmensa, y estrechaba contra su corazon maternal, tu cuerpesito adormesido!

—«¡Mi hijo, mi primer hijo!...exclamaba con voz ahogada por los sollozos: ¿Cómo podré arrancarte de mis brazos, á tí, que eres mi propia sangre, y la esencia de mi vida; á tí, hijo de mis entrañas, que despiertas en mi corazon un indomitable y tiernísimo sentimiento, inexplicable y dulcísimo, que es el amor que te consagro como madre!...¡Oh Dios miol...antes de la muerte, que consumir tan fiero sacrificio!....

«Las caricias que así te prodigaba, eran en extremo vehementes; pero una implacable y aterrorizante idea la perseguía sin cesar.

«Eras tú, el vástago impuro de un amor ilícito, y tu presencia acusadora del crimen, era también la inmediata causa, del escándalo que iba para siempre á deshonrar á esa muger, y á separarla del hombre con quien unió su suerte.

«Entonces fuiste repelido del regazo materno, y la entrecorrido voz de tu madre, se dejó oír con acento de invariable determinación.

—«El golpe tremendo que la suerte me ha deparado abreviará los días de mi amarga vida; pero quiero que mi hijo ignore siempre, el origen vergonzoso de su mísero existir, y que no dé jamás el sagrado título de madre, á una muger tan criminal como yo! Llévadlo, Ines, á las puertas del asilo misericordioso que alberga á los pobres expósitos, y rogad en una esquela, no separen nunca, ese relicario de su cuello. Llévadlo allí al hijo de mi alma, que es el fruto de mi crimen, pero que es mi hijo, al que ya no veré mas!... ¡hijo mio!... ¡hijo de mi vida... murmuró la muger, quedando desmayada en el lecho.

«La noche estaba lúgubre y sombría, un aire intenso y fríjido cruzaba los espacios, y el menudo chispeo de las nubes, todo lo humedecía.

«Las dos de la mañana acababan de sonar en los relojes de la ciudad, cuando de una solitaria calle venia á toda prisa una muger, conduciendo cuidadosamente un objeto en sus brazos.

«Muy larga distancia atravesó para llegar hasta la puerta de la casa de huérfanos, en donde se detuvo con sumo sobresalto; separó allí el pañuelo dejando ver una adormesida criatura de cuatro horas de nacida, la que besó con gran enternecimiento, y colocó en el dintel de la puerta, huyendo despues de dar un fuerte aldabaso.

«La muger que así corría veloz, era la matrona Ines, que no supo en su declaración nombrar á tus padres; y el recién nacido que principiaba á gemir en la intemperie, eras tú, ¡desgraciado! que te arrojaban para siempre!...»

El manuscrito no tenía mas que leer, y fué dejado sobre el escritorio, por el que acababa de recorrer sus líneas con manifiesta excitación.

Luego prosiguió en su monólogo, entregándose á las siguientes mortificantes meditaciones.

«La falaz esterioridad que el mundo infame venera como su ley santificante, ahogó en el corazón de esa muger, todo sentimiento humanitario, repeliendo las sublimes y elocuentes inspiraciones de la naturaleza!

«En esa fiera y desgarradora lucha, triunfaron las vanas pres-

cripeiones mundanales, pero manchando la conciencia de su victima, con un nuevo y mas horrible crimen!

«Ellas separaron del regazo materno, al pobre hijo que vertía ya sus lágrimas en triste desamparo!... Nada restabame aguardar, desde aquel aciago instante, sino un fatídico porvenir, que hora tras hora se ha ido realizándolo!...

«Seres estraños é indolentes me llevaron á la fuente bautismal, donde el sacerdote cristiano, me confirió el primer sacramento, dándome el bastardo nombre que llevo, de Mariano de la Cruz.

«Esos mismos fueron los encargados de prodigarme el sustento, que siempre amargaban con sus crueles y ultrajantes desdenes.

«El mundo fué asi presentándose á mi vista, como un árido y espantoso desierto, que asustaba y oprimia todo mi ser.

«¡Cuántas veces, en medio de mis humillantes aficciones, y de ese lugubre silencio que enlutese al alma, clamaba por los autores de mis dias, exalando siempre mi acento acóngojado:

—¡Madre mia!...¿Adónde estais padres míos?...

«Pero nada escuchaba en mi derredor, sino el eco de mis tristes y perdidos ayes, que aumentaban mi espanto y mi desesperacion!

«De esta manera deslizoze mi niñez y mi primera juventud, en que me fué forzoso adoptar una ocupacion lucrativa.

«Rechazado de todos los hombres, como lo fui de mi desnaturalizada madre; sin amparo ni proteccion en el mundo, y acosado por necesidades imperiosas, adopté el solo partido que ciertas gentes me propusieran, por conducto de Nuño de Castro, viendo mi facilidad de imitar toda forma de letra. A sus instancias, me hice hábil falsificador de valiosos documentos fiscales, en cuya operacion pude formar un regular capital, que irreflexivamente he dilapidado en exesos lúbricos.

«Hoy que sorpresivamente palpó la triste realidad, y que frente á frente, miro el desgreadado y asqueroso aspecto de la miseria, amenazando herir el resto de mi vida; hoy en que es ya tarde todo propósito de enmienda, é infecundo el remordimiento que me agovia...¡Oh!.....nada veo existe para mi, sino el fin desdichado que ya me aguarda!...

«Jamás escuché una voz generosa que contubiera en tiempo mis desmanes!...nadie cuidó de infundir en mi pecho los nobles estímulos que apartan al hombre del mal, y le detienen al borde del abismo!...La santa voz de una madre amante, jamás sonó en mi corazon!...Inducido siempre al vicio por otros seres degradados, nada mé resta ya, sino seguirlos hasta el fin!...

«¿Qué me pasa, oh Dios!...¿Por qué el desaliento desgarratán cruelmente mi pecho!...¿Adónde alejaste Señor, esa luz fulgida, ese astro consolador de la esperanza, que no fortalese mi desolado espíritu!...¡Jóven aún, lleno de vida, de iluciones, de

amor á la gloria; y sin poseer mas que el desprecio, el crimen la ruina, el vilipendio y la maldicion maternal...¡Ah!...

Gimió el exposito, cayendo sobre una silla, y cubriendo con desesperacion su rostro.

## VIII

### Lobo y cordero.

En ese momento se abre la mampara que daba entrada á las habitaciones, y penetra un hombre, con apariencias de militar retirado, quien no era otro sino el mismo que nombrándose el comandante Nuño de Castro, se habia presentado patrioticamente al Agente Espinar de Lobo, para expresar su adhesion, y ofrecerle con juramento su espada y sus servicios.

Deteniéndose este individuo con suma franqueza delante del exposito, cruzó en seguida sus brazos, con cierto rasgo mal encubierto de desdenosa superioridad, y con voz ronca le dice:

—Decidme Mariano ¿por qué teniais oculta la cara en vuestras manos? ¿Qué os está pasando?

—¡Oh! nada absolutamente; le respondió el interrogado, haciendo inútiles esfuerzos por reponerse.

—No os escuseis amigo, pues todo lo comprendo perfectamente. Os hallábais como siempre entregado á esas funebres consideraciones, que os amilanan hasta haceros idéntico á una muger.

—Es demaciada pretencion, comandante Nuño, tratar de adivinar hasta los pensamientos.

—Y bien seguro estoy de no engañarme en lo que os digo: acabais en primer lugar de contar vuestro numerario, que habeis hallado notablemente disminuido; pensásteis despues en vuestra deseonocida madre, sumiéndos en el triste abatimiento que os hizo cubrir el rostro, verter lágrimas, y tomar aquella actitud, que tal vez fué la del Profeta Jeremias, cuando lamentó el exterminio de Jerusalem. ¿Decidme si no sois en verdad el mayor necio del mundo!...

—Suponiendo que tales hubiesen sido las meditaciones que me ocupaban, ¿adónde se revela en ellas, la necedad que me afrontais?

—¿Acáso no lo reconocéis por voz mismo? ¿será preciso que os hable y os convenza?

—Prefero no escucharos, no habéis, vuestras palabras me causan daño, sois un temible...*crítico*.

—Pues me atenderéis, porque ahora os lo exijo y os lo mando; repuso el llamado comandante Nuño, engruesando mas la voz, abriendo desmesuradamente los ojos, y sentándose sin miramiento al lado del expósito.

—Sois nada mas que un niño, le dijo en tono casi cómico; que no comprendéis el pérfido manejo del mundo; que no habéis estudiado el trato falaz de los hombres. El que os habla posee la utilísima esperiencia que inmensas penalidades le ha costado su adquisicion, lo mismo en los hechos de la vida privada, como en su larga y *penosa* carrera militar; y muy mal haceis en calificarme con falzos epitetos, solo porque no disimulo las acciones de otro, y de ellas saco las deducciones correspondientes que siempre os parecen severas.

«Acabais en este momento de verter lágrimas, pues de ello veo una clara señal en vuestros ojos. Ahora bien, ¿es la plata y vuestra madre, lo que os degrada á tan deplorable estremo?

¿Es la inmediata carencia de dinero de que estais amenazado, y el abandono en que tubo á bien condenaros quien os diera el ser, lo que os degenera, y os hace sufrir con tanta fuerza? Confíad en vuestra inteligencia, en vuestra juventud, en vuestros brazos, que os darán mas oro del que habeis disipado en las orgías del mundo!

«Todos los caminos teneis expeditos para llegar al fin anhelado de poseer riquezas, ninguno os esta vedado. Armaos tan solo del firme propósito, para no retroceder nunca, ante cualquier obstáculo que se os presente, desechando siempre miserables escrúpulos.

—Segun lo que estais diciendo, hasta el crimen puede serme entonces permitido; le indicó maliciosamente el expósito.

—¿Y á cuál de las acciones llamais crimen?

—En este caso, á las falsificaciones, al robo.

—¡Las falsificaciones!...¡el robo!...¿Y cómo creéis pues que se forman los fuertes capitales? ¿Y imagináis acaso, que unos pocos años de trabajo legal y concienzudo, improvisan las grandes acumulaciones? Dirigid, una mirada escudriñadora á la sociedad presente; fijaos en muchos de esos hombres que se dan hoy infulas de primeros magnates por sus riquezas, y que pretenden igualarse á otros pocos acaudalados, cuya fortuna adquirida en largos años de privaciones y de trabajos, los hace honorables: ved a esos tales, derramando unos con ostentosa profucion el oro de sus arcas; economizando otros con sed devoradora hasta los reales que impiamente deniegan á la indijencia. ¿Qué eran la mayor parte de ellos, pocos años ántes? Pobres individuos sin pan ni albergue fijo, pero cínicos en audacia para realizar estafas y fraudes, para adueñarse de intereses agenos, burlando la confianza y buena fé depositada en sus esterioridades falaces, para formar de

cada hombre un esclavo, de cada brazo un instrumento, de cada idea un recurso maléfico, explotando á todos en general y al fisco en particular. Hoy, el ruido de sus magníficos carruajes, el boato, la profusion, el lujo de que se rodean, deslumbra la vista de la muchedumbre fascinada, y el mágico efecto de ese brillo artificial, á todos arrastra á descubrirles sus cabezas, inclinándose ante ellos humildemente. Ved pues niño escrupuloso, como eso que llamais crimen, es honrado por los hombres.

—Callad, callad; no quiero oiros una palabra más!...

—Y sin embargo me atenderéis á vuestro pesar y para vuestro bien. Sabed que mi posicion va á mejorar y que os protegeré: ¿habeis entendido bien?...

Escuchad el otro punto que me resta explicaros.

«Una madre, misero exposito, una madre es siempre una muger. Por mas que los postas, sublimen sus afectos y deifiquen sus idealismos, la realidad se apartará siempre de la ficcion, como la verdad de la mentira.

«¿Sabeis bien lo que es una muger? ¡Oh! yo podria haceros oir su desifracion perfecta, mas solo os dire que si bien es cierto que su corazon alberga elevados sentimientos de generosidad, de abnegacion, y de ternura; encierra del mismo modo, el germen de paciones degradantes. La muger parece haber nacido para amar, pero este precioso *don* lo egercita demaciado en si misma, en sus propios cautivantes hechizos, y nada siente para consagrar á otro objeto. La misma facilidad con que practica el bien, realiza tambien el mal, obedeciéndolo siempre sus variables impresiones.

«Pero la muger se hace en verdad superior, y digna del gran fin para que fué formada, cuando ha reproducido, y es ya madre. Entónces se revela el fondo inagotable de los grandes afectos que la bondad de Dios, imprimió en sus almas, para conservacion de la humanidad. La madre ama á su hijo con ese amor superior de si misma, porque es la sustancia de su ser, es el fruto de sus entrañas.

«Es este un sentimiento profundo, legitimo y natural, al que solo se sobreponen las paciones desordenadas.

«Ahora, atendedme bien, prosiguió fingiendo un tono solemne. Una muger apartada de sus deberes; seducida, viciosa é infamada; anhelante siempre de su bienestar y buena fama, que ocultó sus crímenes en el misterio y en la soledad; una muger pérfida, prostituida y sin corazon, fué la que os dió el ser, es la madre que torpemente lamentais!

—¡Que horror! exclamó el exposito, ocultando otra vez su rostro avergonzado.

—Seguid pues llamando á la que os arrojó sin misericordia del regazo materno; á la que os abandonó como animal dañoso, bien á una próxima muerte, ó á sobrellevar una existencia deshonrada y maldesida!... Buscadla sin tregua, pero no entre la

gente proletaria y miserable; no entre la clase pobre y desvalida, sino entre esas grandes matronas que ostentan una fama imaculada: penetrad en los salones dorados, entrad á esos deliciosos gabinetes de suave piso, y circundada de adulaciones y de rendimientos, allí la encontrareis, aparentando el decoro y el honor que su alma criminal rechaza!

—Callad, callad, que soy un insensato pero muy desgraciado...

—Yo tambien participo de esa misma desgracia, porque el destino me deparó una madre fiera que me abominaba. El mismo dia que cumplí apenas doce años, me arrojó cruelmente de su casa, gritándome estas terribles palabras—«Vete, vete á pasar trabajos á un buque de guerra, ó cuerpo del ejército, no quiero tenerte mas»—Mis súplicas y mis lágrimas, sirvieron para exitar mas su enojo. Tomó una vara en sus manos, y descargándola sobre mi cuerpo sendos golpes, hizo alejarme para siempre. Los trabajos, la miseria, la horfandad, han endurecido mi alma y mi cuerpo.

Y el semblante del comandante se contrajo por la ferocidad que le inspiró este recuerdo.

—Hay mugeres que deshonoran su especie, y á ese número pertenece mi madre y la vuestra. Somos dos desgraciados!...

—¡Dos desgraciados!...roncó Nuño apretando al exposito en sus brazos.

—Harto lúgubre se nos presenta el porvenir, Comandante Castro, y la misma fatalidad parece unirnos para que busquemos reciprocamente en nuestros pechos, un solaz en la amistad! estrechémonos, así, con efusion...pero no...no tan fuerte...¡Ah! me estais ahogando!...

—¿No eres tú,...no eres tú, la tigre...que en mis hercúleos brazos dejara inerte, y con mis dientes despedazara?...Aparta pues...añadió con voz estridente y alejándole de sí; *os dejo* la vida, para que sigais mis severos consejos, y seais un testigo, de los terribles proyectos que mas tarde quiero realizar!...

«¿No halla en nuestro pecho piedad ni misericordia! ¿la tubo alguno para nosotros? ¿no fuimos repelidos por nuestras propias madres?...

Nada agragó Mariano, parecia estar dominado de alguna mortificante reflexion.

El comandante que lo observaba, hizo por ello un imperceptible signo de disgusto.

Pero veamos; habló en seguida, como adoptando una nueva idea, y deponiendo todo raso de violencia. Necesito saber con exactitud, la suma de dinero que teneis en caja, y forma vuestros últimos recursos.

—No tengo embarazo en ser franco con voz, allí la teneis sobre esa mesa.

El capitán se levantó á examinarla.

—¡Cuatrocientos treinta y dos pesos! dijo, despnes de haberla contado con sórdida avidez.

Es bien poco, necesitamos centuplicarla, y de ello me encargo como vuestro futuro protector; agregó con algunos golpes de tos. Para el día de mañana os confiaré un negociado que actualmente me preocupa. Hablemos, mientras tanto, de asuntos indiferentes. ¿En qué distraccion vais á pasar la noche hoy?

—En ninguna probablemente; ¿y vos como la ocupareis?

—Nada tengo pensado sobre el particular, aunque me viene el deseo de pasar algunas horas en union de mi muger, á vuestro lado.

—Gracias capitan, respondió Mariano, si asi lo determinais que asi sea.

—Pues entónces, es cosa resuelta, y vendremos á tertuliar un buer rato: no os insto vayais á mi domicilio, por no saber el tiempo que fuera de él demoraré con Emma en un asunto, y no quiero daros la molestia de aguardarnos: pasaremos mas bien de regreso por acá.

—Os recibiré con verdadero gusto.

—Ahora, me retiro, pues creo es ya un poco tarde.

En efecto confirmó el expósito, consultando las horas en su magnífico reló. Son las once y media.

—Hasta la noche pues.

—Hasta la noche, comandante.

Y ambos se dieron la mano en señal de despedida.

## IX

### Rasgos Biográficos.

El diálogo anterior deja facilmente conocer las ideas y tendencias de los dos individuos que le han sostenido.

El Comandante Nuño de Castro, cuyo verdadero nombre era el de José Candelas, no habia efectivamente nacido en Lima, sino en uno de los pueblos adyacentes al Sur de la República.

Su madre, viuda desde algunos años, era bastante pobre, y de perversa genealidad; su hijo le parecia en veces una carga muy pesada, y un obstáculo para ciertos fines que ella se presupusiera.

Un día, hechando como dicen, trapitos al aire, y dando espancion á sus instintos, arrojó al muchacho de la misma manera que él lo contó á su amigo, admitiendo en seguida los obsequios.

de cierto mestizo y guapeton de esos que plagan aquellos pueblos, y para quien ella no carecia de ciertos atractivos.

Las inconsecuencias tan predominantes en el mundo, separaron esta amartelada pareja; y la muger sola otra vez, halló un segundo, y luego otros mas con quienes disiparse, sorprendiéndole en estas alternativas, el grave mal que le dió la muerte.

Su hijo que no quiso oír ni saber mas de la madre, ignoró estos tristes pormenores.

Vagando desde la expulsion materna, de un pueblo a otro, en el mas completo abandono, acompañado de otros holgazanes de su calaña, iba adquiriendo como es de suponerse, multiplicados hábitos de perversidad, y un odio instintivo al trabajo, y á todo cuanto tenia visos de virtud.

Inspirando en una de sus correrias, la condolencia de un anciano agricultor, en la ciudad de Ayacucho, quien acababa de contraer nuevas nupcias, con una simpática india, de veinte años de edad, dió asilo á este vagabundo con el mayor cariño en su casa, varió sus harapos con un vestido limpio, le dió alimento, albergue, y dinero para sus gastos particulares, y a fin de que no pasara todas las horas del día en completo ocio, trató de hacerle ocupar algunas, en los potreros de sembrío, para que activara á los trabajadores en sus faenas,

La conducta que observó durante los primeros días, fué la de un hombre de bien, y así le calificó el inocente anciano, felicitándose de haber obtenido en su protejido, tan magnífica adquisicion.

José Candelas, tenia en aquella época serca de 24 años.

Las infinitas penurias sufridas en todo aquel largo trascurso de tiempo; su hiriente despecho por efecto del odio materno; el hambre, la intemperie, la desnudez, amargamente experimentados en su gran desamparo; al propio tiempo que habian robustecido sus malas inclinaciones, formándole un hombre vicioso, hipócrita, maldiciente, y exesivamente cruel; le infundieron por otra parte, el intimo convencimiento, de que, en cualquiera de las situaciones que el hombre ocupe, y le haya deparado su buena ó mala estrella, necesita siempre instruirse, y adquirir el saber que tanto sirve para desembarazarse en los momentos criticos.

Tomó por lo tanto una decidida aficion á la lectura, y leia atentamente toda vez que podia, pero siempre libros de doctrinas relajadas.

La benéfica hospitalidad del agricultor, pareció inspirar á este individuo, un sentimiento de gratitud; al ménos, daba de ello á los principios constantes demostraciones.

Veíase desde luego á cubierto de una existencia miserable, libre de los muchos percances que acontecen al vagabundo, y á otros bien pesados, que habrian podido sobrevenirle en el em-

pleo que habia adoptado como único recurso en su vagancia: las raterias.

Los dias se pasaban con esa brevedad que lamenta el dichoso, y consuela al desgraciado; y Candelas, principió á sentir algo de extraordinario que le inquietaba; era que los vivos ojos de Cecilia, la esposa de su benefactor, hacian en él, su efecto ilucionante.

Principió desde luego á demostrarsele con ademanes y tier-nas miradas, que ella correspondió sonriendo coquetamente, y mas luego, con otras monerías, hasta que gradualmente tomaron las correspondencias tal desarrollo, que nada habia incomunicable para entreambos.

Cual tiernas tortolillas, emprendieron al fin su largo vuelo, saqueando ántes todo el dinero, alhajas y plata labrada, que el infeliz anciano, creía tener bien asegurado en un armario.

Despues de algunos reboletéos y vacilaciones, se establecieron en un pueblecillo solitario, que por su amenidad y sembríos florestes, fué bien aceptado de la tierna tortolilla.

—¡Qué dichosa vida nos aguarda! ¿no es cierto palomito mio?

—Sí, contestó el avestruz con signo de mal augúrio.

Desembarazado ya de todo miramiento, y en absoluta posesion de lo que habia deseado; descubrió libremente á la muger atónita, toda la perversidad de su jénio, tratándola, no ya con dulces gorgéos, sino lo mismo que á bestia, ó esclava vil.

¡Cuántas lágrimas de pesadumbre, no vertieron desde entónces, los ojos de la adúltera! ¡Y cuántos latidos de dolor, no pulsó su corazon lacerado!...

—Os he prohibido, la dijo una vez, asomars á esa ventana.

—¿Peso qué mal puedo haceros en accion tan inocentel...

Candelas se aserca entónces á ella con singular calma, le toma una de sus manos, á la que oprime con tanta fuerza, que la infeliz muger, livida de dolor, prorrumpo en llanto aservo.

—Os complacéis en maltratarme sin ninguna causa; le habló entrecortando su lloro, no se pasa una hora del dia...sin que tortureis algunos de mis miembros...me abofeteis...ó me arrastreis de los cabellos. Estais abreviando los dias de mi existencia desgraciada,...y necesito...quiere alejarme para siempre de vuestro lado!...

—Eres como todas las mugeres, una pérfida; le interrumpió, ideando alguna otra manera de atormentarla; ¿Quieres ahora repetir conmigo, la misma accion traidora que hiciste al estúpido viejo de tu marido?

Pasadas algunas horas y despues de haber tomado alimento, esperimentó Cecilia, una extraña pesadez en su cabeza, y que sus parpados involuntariamente se cerraban. Sobrevinció, en seguida, un prolongado sueño, en el cual, quedó sumerjida toda la noche.

Cuando despertó á la mañana siguiente, se encontró sola, robada, y sin ningun recurso.

El vivo Candelas avanzaba mientras tanto hácia la capital de Lima, alhagado con la lisonjera perspectiva, de nuevas y mas provechosas aventuras.

La prosa con que á los pocos dias paseaba las calles de la ciudad, esmeradamente vestido y calzando guantes de preville, le representaba como á un gran magnate. Nadie, ni los mismos vagabundos, habrian podido reconocer al compañero de sus raterias.

Resistiéndo impavidamente las miradas escudriñadoras de que era objeto, caminaba garbosamente por las calles y los sitios de recreo; asistía á los espectáculos públicos; penetraba en los grandes hoteles, y en todas partes, gastaba el dinero con profucion y liberalidad.

Esta manera de vivir tan franca y ostentosa, le atrajo una nuve de esos remilgados pisaverdes y pedantuelos ridiculos, que pululan por todas las calles de Lima, á los que cuidaba de recibir amablemente, esperando sacar de ellos algun partido.

—Os presentaré, le decia uno, á la familia del comerciante A\*... ¡Cuán bella y encantadora es su hija *Filibertina!* son para enloquecer las miradas de amor, que ese ángel me dirige, al mirarla con su vestido color celeste, diríais que era una dulce aparicion del Eden.

—Tendré el placer de llevaros, le indicaba otro, á la casa del propietario B\*... dos bellezas amado amigo, *Esterina* y *Ceresina*, dos tiernos pimpollos, capaces de hacer perder la chaveta, á otro que no sea tan *guapo* como yo. Me prometen un amor invariable, porque les cautiva mi esquisito gusto para vestir, y mi apostura. Todo es arte en este mundo, carisimo amigo, y es preciso finjir para deslumbrar.

—Deseo grandemente, le manifestaba este, daros á conocer á *Francisquina*, preciosa cual serafin, que os cederé como el mas estimable don de mi amistad,

De esta manera fué nuestro hombre adquiriendo algunas notables relaciones, y no se pasaba dia, sin que fuese presentado en algun nuevo y lujoso salon.

La mirada segura de este tábano, halló al fin lo que anhelaba, en la hija única de un anciano rico, niña en verdad hermosa, de amable carácter, llamada *Liborina*.

Las promesas y los fingimientos, no escasearon en los labios de José Candelas, desplegando ante su dulcinea, tanta elocuencia, artimañas, y fingida ternura, que la alucinada jóven fué poco á poco cayendo en el *garlito*.

Principiaba ya á zuzurrarse en la sociedad de Lima, el próximo himeneo de la hermosa *Liborina*, con el garboso forastero, quien solo aguardaba para realizarlo, la gran remesa que iban á enviarle de su provincia.

La impaciente niña, acabó por pedir y conseguir del padre, su inmediato enlace, sin aguardar lo que para ella tardaba demaciado.

La mañana anterior al día en que iba á tener lugar tan grata union, se introduce violentamente á las habitaciones del novio, un hombre trigueño y corpulento, seguido de una muger encubierta.

El futuro que se encontraba á la sazón, examinando para hacer vender, un par de dormilonas, y dos docenas de cubiertos finos, que era cuanto le quedaba del botin sustraído á la india ayacuchana, cuando fué toscamente interrumpido por la impertinente visita, y sujetado con firmeza por ese pequeño hércules.

Candelas le interroga con altivez por su desman insolente, y descubriéndose luego la muger, le deja estáticamente sorprendido, pues no era otra sino la burlada Cecilia.

Entónces lo toma el vicitante con tanta fuerza de la garganta, y con tal furia lo arroja contra el suelo y las paredes, acompañando á sus puños, los mas soberanos puntapiés, que indudablemente y en brevisimos instantes, lo habria dejado muerto, á no ser por las interposiciones de su generosa compañera, que deteniéndole en su obra comenzada, le hizo soltar esa buena presa, aunque en el mas lamentable estado de destrozamiento físico y angustia moral, juzgándose ya perdido en el concepto de su adorada, con quien amenazaron indisponerle.

Toman en seguida las dormilonas y los cubiertos que estaban sobre la mesa, y con esas solas especies recuperadas, salieron de las habitaciones.

Despues de un gran rato, llega su mayordomo, que al verle en semejante estado, le interroga solicitamente sobre lo que acababa de sucederle.

—Breve, prepara papel y pluma, le manda por toda respuesta, y ayúdame á sentar para escribir.

Obedesido con exactitud, preparó trabajosamente esta es-  
quela.

#### «Adorada Liborina:

Deseo me remitais por cortos momentos, vuestros dos mejores anillos, incluyéndo el que acostumbrais llevar diariamente en uno de los dedos de vuestras lindas manos.

Disimulad este caprichoso pedido de vuestro rendidísimo amante:—*José*

—Pronto, este billete á la casa de mi novia.

—«No se perderán los rezagos de la boda, dijo para sí, viéndolo partir al sirviente. Bien vale este pedido serca de dos mil quinientos pesos, suma que mucho necesito para mi pronto alivio.

Media hora despues, recibia por toda respuesta, dos papeles, uno que era su mismo billete devuelto, y otro que contenia lo siguiente—

### «Señorita Liborina:

«El hombre que se prepara á ser mañana su vuestro esposo, y el árbitro de vuestra futura suerte; el que en breve poseerá feliz vuestra belleza, vuestro amor, vuestros caudales; es un vicioso perdulario de los pueblos del sur, un malvado mozo, digno de la execracion de las gentes honradas.

«Hoy mismo tendreis las pruebas mas claras de sus antecedentes!»

—¡Terrible infernal... exclamó golpeándose la frente, ¡esos viles me han delatado, sin darme siquiera tiempo para la rebusca!... ¿qué debo hacer ahora?...

Su cabeza era en esos funestos instantes un volcan abrazador; veíase rodeado de necesidades positivas y urgentes, y sin un solo real en la faltriquera para satisfacerlas.

Privado por un traidor y rudo golpe, de la suave dicha que le prometian los alhagos y las satisfacciones de una muger bella y rica, contemplaba ahora con mortal desaliento, los nuevos dias de miséria, de hambre y de desesperacion, que otra vez le esperaban.

Toda la sangre sentía se agolpaba en su cerebro, y los latidos de una fiebre devoradora atormentaban sus sienes.

El hombre iba tal vez á entregarse á un exeso del vértigo que le dominaba, cuando oye de improviso las pisadas de muchos caballos, serca de su casa, y llega á sus oídos el toque marcial de los bélicos clarines.

Candelas se siente entónces inspirado por una nueva idea, que le transforma y le reanima de un modo admirable.

—¡Sí! exclamó como dando ensanche á su espíritu, es la respuesta que el mundo dá á los pusilánimes; el oro se alcanza vertiendo sangre. Ese sonido me llama al puesto que en adelante debo ya ocupar.

Ocho dias despues, ese mismo regimiento contaba en sus filas un nuevo sargento distinguido, el cual, bajo el supuesto nombre de Jose Castro, no era otro sino el mismo Candelas, desfigurado en cuanto le hubo sido posible; y bien resuelto á no separarse de la carrera que acababa de abrazar, como el naufrago, de su única tabla de salvacion.

Los lances referidos acontecian á este individuo, por fines del año de 1854, época en que nuestra república, era teatro de una desecha conflagracion, de la cual incidentalmente diremos dos palabras.

Los generales peruanos Echenique y Castilla, pugnaban entre sí, á la cabeza de sus mas ardientes parciales; el primero por conservar el mando de la nacion, y el segundo por arrebatárselo.

Las contiendas fratricidas del Perú, han carecido las mas veces, de justicia y de legalidad, sin llevar nunca la realizacion

de un gran principio que las justifique. Ellas se promueven incesantemente, y deben su origen, al influjo maléfico de las mas bajas y degradantes pasiones.

Preguntad despues del último dia de una devastadora campaña, y cuando acaba de despuntar el de la victoria; interrogad á esa frenética turba, que tanto aplaude la elevacion del vencedor, ¿cuáles son los males públicos, que no volverán á aparecer sin duda con mas fuerza; y cuáles los bienes reconquistados para la nacion?

¿Toda esa sangre vertida en los campos de batalla; ese feroz destrozamiento entre hermanos; el exterminio y aniquilamiento de los pueblos; la ruina, el espanto, la desolacion, el pillaje, apenas sirven de tristes medios, para saciar la sed devoradora, de oro, de dominacion y de venganza que les corroe.

Los recursos de la nacion se esterilizan, sus riquezas se agotan, sus hijos se diezman bárbara y criminalmente.

Refiriéndonos como un ejemplo, á la predicha guerra civil de 1854, ¿que faltas se afrontaron al mandatario de entónces, para deponerle, que no hubiesen sido repetidas en los tiempos sucesivos?

¿Los derroches y repartimientos acusados en el cumplimiento de la ley de consolidacion, no se realizaron del mismo modo, á la sombra de los expedientes de libertos? ¿El grave escándalo de improvisar fortunas, no tubo lugar en ambas épocas?...

¿Qué principios benéficos atrajo y cumplió la indicada lucha civil?

No podrá citarse en verdad, el decreto altamente humanitario que abolió para siempre la esclavitud en la República; porque este gran pensamiento, iniciado prácticamente, aunque sin amplitud por el gobierno constituido; no fué proclamado como un principio en la espresada contienda, sino mas bien como un medio de represalia, adoptada posteriormente para elevar la insurreccion á un mejor pié de fuerza, y rodearla de mayor prestigio.

Ese decreto, por otra parte, dado extemporaneamente, y sin prevenir las dificultades que debian tocarse en su ejecucion; privó en un momento dado á la agricultura de brazos; plagó los campos de malhechores; é indebidamente hizo recaer sobre el fisco nacional, una carga enorme de simuladas acreencias, que lo gravaron en ingentes cantidades.

Estas sensibles resultas, fueron las únicas debidas á la contienda civil; pues el benéfico principio que enalteció la rebelion é inmortalizó al caudillo, estaba invivito en la mente y en el corazón de todos los peruanos. No podia prevalecer por mas tiempo, esa bárbara trata que abiertamente pugnaba con las civilizadoras y progresistas ideas del siglo en que vivimos.

Volviendo á José Candelas, muy bien comprendia era

esa la oportunidad para elevarse á una alta clase militar, y si bien era cierto que carecia de los buenos servicios y precisar aptitudes, indispensables para merecer algun asenso; trató de suplirlas, esforzándose en aparecer ante los soldados y sus superiores, como un militar adicto á la causa que servía y de retemplado valor personal.

Nadie como él, hablaba con tanta bravura, demostrando terrible coraje para diezmar las huestes de la rebelion.

Cuando los dos ejércitos se hallaban frente á frente, formándose linea en los campos de la Palma, fué agregado en una de aquellas noches el finjido Castro, á un piquete de avanzada, comandado por un capitán.

Mientras este, cabezeaba descuidadamente sobre el caballo, recorria Candelas el frente de los soldados, proclamándolos de esta manera:

—Os propóngo intrépidos compañeros, el partido de abandonar estas cobardes filas de pérfidos mashorqueros, pasándonos acto contínuo al enemigo que las combate. Exitemos nuestras cabalgaduras, y en breve llegaremos al campamento del bravo General Castilla, á cuyas órdenes alcanzaremos espléndida victoria. Soldados, viva el valiente Mariscal. viva la causa de los pueblos!

A estos gritos, recuerda de su sueño el capitán; pero antes de haber tenido tiempo para expresar una sola palabra, lo atraviesa el patriota revolucionario con su espada.

—Compañeros, al trote marchen.

Este magnifico estreno, le valió el asenso á la clase de teniente efectivo.

Dos dias despues, tubo lugar la singular batalla, en que la ineptitud y la cobardia dieron la derrota al brillante ejército del General Echenique, poniendo en vergonzosa fuga á los batallones y regimientos integros, que ni lugar habian tenido de entrar en accion.

En el fragor de esta escaramusa, resultó hallarse Candelas oculto tras de una lejana tápia, á retaguardia.

Segun su misma esposicion, tubo el temerario arrojado de ir persiguiendo á tres soldades enemigos, dos de los cuales fueron muertos por él, aunque sus cadáveres no se encontraron, saliendo herido en este desventajoso choque.

Todos unánimemente creyeron su relato, y su fama de valiente quedó mas asegurada.

Obtuvo por lo tanto en mérito de los importantes servicios prestados á la causa de los pueblos, y á su heroico comportamiento en la batalla, el asenso á capitán efectivo.

Desde entónces, no hubo un solo proyecto subersivo, un solo plan de conspiracion y asesinatos, en que no hubiera estado secretamente comprometido.

Cuando estalló el movimiento *apuntalador*, hallábase del mis-

mo modo afiliado; mas observando las cosas poco convenientes, y muy vivo y sercano el silvido de las balas, guardó prudente quietud.

Obligado sin embargo á seguir al ejército sobre la plaza fortificada de Arequipa, obtuvo en aquel importante asalto, la clase de Sargento Mayor, y poco despues, la de Comandante efectivo, en la cual, juzgó necesario adornar su apellido con el nuevo agregado de Niño, haciéndose llamar altivamente, Comandante Niño de Castro, con el que se hizo mas conosido, y con el cual, lo seguiremos nombrando en el curso de nuestra verdadera historia.

Estas apariencias en las horas solemnes del soldado, serviale de eficaz apoyo ante el Gobierno, hastiado de las infinitas quejas, elevadas de todas partes, contra su conducta abusiva y cruel desplegada jeneralmente en todos sus actos.

Bien por estas repetidas acusaciones, ó por otras causales reservadas, fué al fin separado por el Gobierno del General San Roman, destitucion, que sea dicho, de paso no causó gran pena á este bravo militar; ya porque sus recursos pecuniarios eran entónces abundantes, ya tambien, por tener absorvida toda su mente, en el logro de una alhagadora empresa, que vivamente interesaba á su corazon apasionado de la hermosura de Emma, niña que por sus caprichos, y extravagantes genealidades, no acababa de ceder á las instancias de su entusiasta amador.

Esa resistencia fué al fin vencida, y tomada por asalto la suspirada plaza, que dominaba desde entónces, como dueño y conquistador absoluto.

De esta jóven fué de quien ofreció venir acompañado, á Mariano de la Cruz, segun y como dejamos relacionado en el capitulo anterior, cuya hilacion tomamos en el siguiente.

## X

### Fuego de Candelas.

El semblante del Comandante indefinido se dilató de un siniestro gozo, apénas hubo salido de las habitaciones de Mariano, y encotrandose en la calle, libre de las miradas de su futuro protegido.

Con paso algo acelerado pero siempre marcial, se encaminó hasta la calle de Bejarano, en una de cuyas casitas, de modesta

apariencia, penetró, abriendo la mampara de su pequeña sala, pobre y escasamente amueblada; en la cual, sobre un raído confidente, estaba reclinada una hermosa jóven, que en su tipo se conocia ser hija de Chile, vestida con modesto *negligné*.

La presencia del bravo militar, no hizo en ella el menor efecto; apenas se dignó alzar la vista, oprimiendo levemente sus delgados labios, en los que se revelaba la astucia y la energía.

El recién venido puso su sombrero sobre una silla, y mirando atentamente á la jóven, dijole con mal finjida sonrisa de alegría.

—Al fin querida mía, aunque con grandes esfuerzos, he logrado preparar los recursos que tanto necesitamos para.....

—Es la cantinela que escucho todos los días y que me cansa; le interrumpió secamente la jóven.

—En esta vez, el éxito es seguro, y el dinero será conducido á casa.

—Mucho lo dudo, á menos que no sea algun otro de los tantos enredos que acostumbrais hacer.

—Esa palabra *enredo*, no viene al caso, porque las necesidades y el deber en que estoy de satisfacerlas, justifican mis actos...

—No quiero escuchar retóricas; ¿á que hora viene el dinero?

—A la misma en que vayamos juntos á recibirlo...ó á tomarlo; ambas palabras dan el mismo resultado.

—¿Apersonarme yo? jamás, no lo creais.

—Y sin embargo, vendreis conmigo porque yo lo mando.

—Pues no iré, y tened entendido que los urgentes pagos que debo hacer y me exasperan, se verificarán mañana mismo, porque de lo contrario...

—¿Y bien?...

—Os abandonaré para siempre.

Nuño de Castro, lleva entónces su mano, á una de las faltriqueras de su vestido, como en ademán de sacar una arma, apercibiéndose de ese movimiento su interlocutora.

—¿Y adónde irias desdichada, le habló con furioso ímpetu, adónde irias, para librarte de mi terrible persecucion y venganza? Cual fuera tu refugio, aun cuándo elijieras el del mismo averno, que no te arrancára de él...

—¿Qué quereis pues de mí...le increpa ella, levantándose resueltamente y apretando con violencia sus manos: ¿os figurais acaso que soy una miserable sierva vuestra, que debo eternamente sobrellevar vuestras misérias, vuestras genealidades, y vuestros interminables engaños?...No, mil veces no; soy jóven aún, y mi resolucion es firme, para adoptar el partido que crea convenirme. Catorce meses ha, que con estraños ardides, y realizando antes el horrendo crimen de envenenar á mi madre, me arrebatásteis y me condujisteis á vuestro lado. Desde ese aciago instante no ceso de padecer. Ahora necesito pues deciros, que mi voluntad se resiste á sufriros mas; que no os temo, y

que mil veces prefiero la realizacion de vuestras torpes amenazas, antes que seguir unida á vos, esclavizada al hombre infame que detesto!...

—Mucho me complasco de verte tan activa, le repuso Nuño, reprimiendo sus impetus salvajes; siempre esgrimes bien el arma aleve de tu lengua, pero ella no me daña. ¿Con qué pruebas, di, te atreves á enrostrarme la calumniosa acusacion de haber causado la muerte de tu madre?

—Si, voz la habeis envenenado, porque la misma noche que tomé de vuestras manos esa copa de vino, cuyo resto, arrojásteis breve al suelo; le acometieron las violentas convulsiones, que tres horas despues, la dejaron sin vida. Vos teniais un vivo interes en que ella desapareciera, porque era un obstáculo para vuestras pretenciones. Os lo repito!...sois el envenenador de mi madre!...

—Credlo si asi os place; no me arredran vuestras falzas acusaciones, pues en la profunda conviccion de mi inocencia, cifro la tranquilidad que me observais.

—¡Hipócrita malvado!...¿te atreves á invocar tu inocencia?

Nada repuso Castro, quedando pendiente de la hermosura de su víctima,

—¡Emma!—llamó, fijándole su mirada fiera.

—Me inspirais odio, desprecio, agregó ella.

El Comandante calló, presa de una excitacion que le transformaba; su semblante se hizo luego cárdeno, sus labios principiaban á agitarse, y sus ojos se inyectaron de sangre.

Hacia la indómita muger extendió sus manos crispadas.

—¿Que me odias Emma?...exclamó con voz cavernosa; eso no puede ser, porque yo te amo!...¿lo entiendes?...porque te amo en mi espacion, con terrible furor...con rabia fiera!...¿Ves este corazon, plagado de pasiones, de crímenes y de vicios?... pues bien; entre las furias del averno...entre las hidras y las arpias...vives en él como la primera de todas!...Mirate aqui... balbuceaba golpeándose el lado izquierdo del pecho, mirate en lo más profundo de este invisible abismo!...contempla tu hechizera imágen...mas reluciente que la espada del ángel exterminador!...¡Tú, muger de mis desvelos...tú sola le dominas!...rodeada de los génius maléficos...eres de él, la adorada reina, cual Lusbel, de las cavernas maldecidas!...

Una sonrisa indefinible, hizo entreabrir los labios de Emma.

—¡Oh tú!...no me abandonarás!...¿no es cierto?...no te separarás de mí, no, nunca!...

Dá luego un paso: toma á la muger en sus brazos, y siéntase en el sofá, sin que ella opusiera resistencia.

—¡Que venga alguno para arrebatarte de mis garfios de acero!...á todos reto, á que arranquen al tigre su presa!...La vida que sin tí me fuera odiosa, daría antes que una sola hebra de tus cabellos!...Respóndeme ahora que sientes mis latidos de

desesperacion, y que casi te abraza el fuego que trasmiten mis venas, ¿no te creés feliz en medio de los trasportes de tu amante?... Qué vale di, un puñado de monedas que luego tendremos en abundancia, ante estas candentes emociones que abrazan el alma?... ¡Ah!... dijiste muy bien, eres mi sierva, eres mi esclava, vives subyugada á mis caprichos... pero en el dia que cese mi dominacion, te mataré Emma; te mataré sin misericordia, pues que entónces, la muerte dada por mis manos, te será dulce!

Y alejaba y atraía á la dócil y silenciosa muger, lo mismo que la loba á su cachorro.

## XI

### Industria de Candelas.

Los repetidos paseos que Mariano de la Cruz, daba en el pequeño espacio de su sala de recibo, esperando la prometida visita de su amigo Nuño de Castro y de Emma, eran la demostracion de una inquietud para él inexplicable.

A cada instante dirijia su ajitada vista, hácia la puerta de la habitacion, y lleno de sobresaltos, detenía sus pasos, pareciéndole sentir el sercano rose de algun vestido, que no debía ser sino el de la visita que aguardaba, y su naturaleza se estremecía á impulsos de un secreto é invencible temor.

Las nueve dieron en el reló de mesa, y acababa apenas de cesar la vibracion de la campanilla, cuando los pasos de dos personas que se aproximaban, hicieron violentamente palpitar su corazon.

La voz ronca de Castro, se dejó oír desde la puerta.

—Henos aquí al fin, cumpliendo la palabra empeñada.

—Os doy las gracias, Comandante, respondió el expósito, dirijiendo á su hermosa compañera un atento saludo y mostrándoles asiento.

Ella le correspondió con un rubor y melifluidad admirables.

—Nuestros deseos eran venir mas temprano, pero...

—Comprendo bien, le interrumpió Mariano, os demorásteis arreglando vuestro asunto...

—Efectivamente, y para mañana debo contraerme al que os tengo indicado, cuyos resultados, muy graves y trascendentales, están sujetos á mi prevision y reserva.

—Os felicito, Comandante, deseándoos un éxito cumplido.

—Lo tendrá indefectiblemente, á pesar de ser bien trabajoso el contendor.

—Mayor habilidad y tacto desplegaréis entónces.

—No tanto que digamos; juzgado lo sino por voz mismo, pues no os será desconocido el nombre de D. Eusebio de Salazar y Mazarredo.

—¿No es ese caballero un enviado español?

—El mismo; inviste el carácter de *Comisario Réjio*

—El título es bien extraño, y no le tiene aquí ningun otro agente diplomático.

—Decis bien, era el que ántes usaban los Agentes de la península, en sus colonias.

—¿Y són por ventura nuestros dominadores todavía?

—Están en visperas de serlo otra vez; el leon español prepara de nuevo sus garras sobre nosotros.

—Tomará entónces cada peruano un rifle, y muy caro vendremos nuestra libertad y nuestras vidas.

—Eso no pasa de bellas declamaciones; la fuerza de las circunstancias nos obligará á entregarnos maniatados.

—No blasfemeis Comandante Castro; repuso Mariano con indignacion. En el caso de invadirnos la España, ó cualquiera otra nacion de Europa, poseemos grandes y poderosos medios de defenza para resistirla; los pueblos todos se le antarian como un solo hombre, y hasta las mugeres tomarian parte en la lucha.

—Frases muy hermosas son las que acabais de expresar; pero no lo esperéis así, porque una cosa es hablar con bravura, y otra muy distinta es ejecutar aquello que se dice. Sabed que la España no sostendrá la guerra, sino aliada con la Francia. ¿Qué podrán estas débiles repúblicas, ante dos naciones fuertes y aguerridas? Atended sinó al ejemplo que nos presenta el desgraciado pueblo megicano; de nada le sirven sus sacrificios, y su sangre esterilmente vertida.

«La traicion, por otra parte, nos hará males incalculables. Acabamos de ver al Presidente de una República limitrofe, impetrar de hinojos la proteccion del Emperador Francés, para los pueblos que gobierna. Seguid repitiendo á la vista de estos elocuentes hechos, que el Perú, se defenderá por sí solo, y que saldrá victorioso en la demanda!

—Pues que sucumba; es preferible la muerte á una nueva dominacion. Los españoles no tienen ningun derecho, ni siquiera un pretesto que alegar para la justificacion de sus nefandos propósitos.

—Lo tienen y muy bien preparado en los sucesos de Talambo, y en la reclamacion de su deuda!

—Esa riña promovida por los mismos vascongados, autores de los asesinatos perpetrados en ese fundo, es por el contrario,

un capítulo de acusacion contra ellos. El Perú ningun dinero debe á España.

—Verdad; pero las versiones existen tan desfiguradas, que las asambleas y Cortes de la península, considerándonos una turba de salvajes tramposos, evita la accion eficaz de S. M. la Reina.

—¿Y qué medidas toma el Gobierno actual, para cruzar esos infames proyectos?

—No estoy impueto, sino de las que yo estoy adoptando en mi ardiente patriotismo...

—Supongo que ellas corresponderán á las dificiles circunstancias que atravesamos.

—¡Oh amigo mio! exclamó el Comandante, ahuecádo la voz, y hechándose sobre el respaldo de su asiento con aire de importancia; la mision que estoy desempeñando cerca de cierto personaje español, y de Mazarredo, es de tal magnitud, y de tan elevado patriotismo, que bien puedo aseguraros, depende de su éxito mi salvacion, ó lo que es lo mismo, la salvacion de la patria!

El expósito, aceptando literalmente estas palabras, no pudo ménos de atender con mas respetuosidad á su interlocutor.

—Reconozco señor Comandante, vuestro elevado mérito, y el ardoroso patriotismo que os anima. Permitidme os presente un poco de vino, para que bebamos en union de la señora Emma.

—Con el mayor placer querido amigo, sacad todo el que os dé gana, considerándome siempre un compañero firme.

Emma hizo á su vez una modesta señal de adquisencia.

Mariano sacó dos botellas de un buen borgoña, y tres pequeños vasos, que llenó, y bebió con sus amigos, volviéndolos á llenar y á ofrecer con agrado.

Faltaba apenas la cuarta parte á la segunda botella, cuando repentinamente se apodera de el expósito un entorpecimiento en todos sus miembros, y una mortal pesadez en la cabeza, que le dejó profundamente dormido.

Acto continuo se levanta el Comandante, toma á Emma de una mano, y la conduce á una mesa cubierta con un paño que levanta, poniendo á su vista, la suma de dinero que el expósito le habia mostrado esa misma mañana.

—No ha mucho me pediste dinero con amenazas de absoluta separacion: le hablo en tono resulto; pues bien, aquí le tienes.

—Pero ese dinero no es tuyo, sino de Mariano de la Cruz. ¿Cómo quieres apoderarte de lo ajenol...

—No es el momento de reflexiones escrupulosas; reúne en el pañuelo las monedas, sin pérdida de tiempo.

La muger quedó por un momento perpleja é indecisa, y á pesar de la mágica atraccion que ejerce ese funesto metal, le faltó el valor para estender su mano.

—¡Vos me exijis un robo!...

—El epíteto no hace al caso, obedese en silencio.

Ella al hacerlo, retrocedió temblorosa.

—¡Ah!...no puedo!...

El Comandante crugiendo de ira, le toma una mano, que pone y golpea sobre la plata.

—Acuérdate necia de las apremiantes necesidades que nos abruman... Mañana se presentará ante nosotros el desapiadado dueño de la casa, para arrojarnos sin escrúpulo al medio de la calle!... de igual modo, miraremos los amenazantes rostros de los usureros, y de esa infinita plaga de acreedores que nos persiguen implacables!... Ninguna esperanza me resta, pues los seis meses del sueldo como indefinido que ayer vendí a un ajotista, me fueron robados anoche por *los infames banqueros de los garitos!*... Contempla pues tanta miseria, y la mortal desesperacion que me infunde: breve obedeseme ó te atravieso sin misericordia!... le amenaza, levantando su brazo armado de un puñal.

—¡Deteneos! ¡Ah!...¡que debo hacer en tal situacion!...

—¿Obedeces ó nó!...

—Decidme antes los resultados que pueden sobrevenirme por este hecho!

—Ninguno, absolutamente ninguno; todo lo he previsto bien.

Emma tiende entonces el pañuelo, y anhelante reune con sus delicadas manos, los últimos recursos del desgraciado expósito.

Levántale en seguida, y con mano firme lo entrega á su compañero.

—¡Huyámos breve! habló llena de susto.

—Aun no está todo concluido; algo nos resta todavía, dijo conduciéndola á la presencia de Mariano, que seguia entregado al mas profundo sueño.

—Desprended la cadena del ojal, y sacad el reló.

—¡Dios mio!...pero ese hombre despertará si le toco.

—Perded todo cuidado y obrad sin dilacion.

Los finos dedos de Emma, acabaron de alijerar al protegido de su amante.

—Guarda bien esa alhaja en tu seno, y huyamos dejándo las puertas de par en par. Cuida mucho de llevar ese aire tranquilo y arrogante de las gentes que se dicen honradas. Perfectamente acomodado este pequeño envoltorio bajo mi brazo. Ahora, salgamos.

Siguiendo Emma, las advertencias de su previsor amante atravesó las calles con tanta regularidad y compostura, y él, con tanto garbo marcial, que todos los transeuntes apartándose, les cedian la vereda, con visibles muestras de respeto y atencion.

## XII

### Preparaciones.

Numerosas felicitaciones fueron dirigidas á su arribo, al turbulento y atribiliario D. Eusebio de Salazar y Mazarredo, no solamente por algunos de los españoles que entre nosotros cuentan algunos años de estabilidad, y todos los que resien venidos, vagaban por las calles y plazas públicas de Lima; sino tambien, por aquellos incalificables peruanos, que recuerdan el tiempo del *coloniage*, con el entristecimiento que inspira todo bien perdido.

Fueron si se quiere el signo externo de la amenaza, ó la tempestuosa *nubesilla*, que principiaba á estenderse por todo el horizonte de nuestra República.

Al fin no iban á resultar estériles, tantos y tan reiterados esfuerzos hechos por los enemigos de la patria; pues sus representaciones péfidas, sus humillantes súplicas, y rastreras calumnias, hallaron éco en la sedienta ambicion de algunos soberanos, y muy favorable oportunidad en los sucesos de la época.

Los fogosos partidarios de los privilegios y del despotismo, que constituye la base del gobierno monárquico europeo; los que no cesan de explotar á la patria en sus conflictos, y aguardaban como el *patrióta* Comandante Nuño, la participacion de los honores en el cambiamiento político proyectado, y alguna parte de los ingentes caudales que deberian distraerse del Erario Nacional, estrecharon la mano de Mazarredo con toda la efucion de un entusiasmo, limitado al grado de sus esperanzas.

De nada valieron al patrióta General Castilla, sus enérgicas demandas ante el Poder Legislativo, para obtener con su autorizacion, el número de fragatas blindadas, que bastasen á custodiar el abono de las islas, y el sostenimiento de la bandera republicana.

Los discursos redundantes, efimeros y sofisticos, de algunos oradores parlamentarios, dieron el íntimo convencimiento de que la nacion se entregaria maniatada al europeo invasór.

Asi sucedió exactamente, cuando Pinzon y Mazarredo, se presentaron ante sus adictos, diciéndoles:

— ¡Llegó señores el supremo momento de romper las hostilidades!

¡A las armas leales compatriotas, y que Dios proteja la causa de nuestra soberanal

- Señalad el día de la partida.
- Mañana mismo, á los buques de nuestra escuadra!
- Allí estaremos; gritaron todos rebosantes de contento.

### XIII

#### Despedida de un esposo.

A la mañana del día designado por el Contra-Almirante, y Comisario Régio español, para el embarque de todos los afiliados; entraba D. Roberto Espinar de Lobo, á la casa de comercio de Robs y Compañía, haciéndose anunciar al jefe de ella.

Interrogado sobre el objeto ó negocio que le traía, dijo:

— El señor don Manuel Duval y su señora madre, tienen impuestos en esta casa comercial, cien mil pesos á interes, cuya inmediata entrega vengo á solicitar.

— No existe inconveniente alguno, siempre que presentéis los documentos respectivos.

— Hélos aquí.

El inglés tomó en sus manos, registró y leyó, los papeles que le fueron presentados.

— Está muy bien, podeis dirijiros al departamento de caja, en donde se os hará la entrega.

— Quisiera percibir esta cantidad en letras de cambio, jiradas á las casas de Champs, y de Sangs de Inglaterra.

— Sin ningun embarazo respondió el inglés; dictando en seguida las órdenes respectivas,

Espinar de Lobo, salió poco<sup>o</sup> despues, llevádo en su cartera los cien mil pesos, en la forma que habia solicitado.

En el tránsito para otras diligencias, se encontró con muchos de sus compatriotas, que atravesaban las principales calles, con la misma precipitacion que él usaba en su paso.

Cuando hubo concluido aquellas ocupaciones, como á las doce y media del día, pasó al hotel Americano, á tomar un confortable almuerzo, concluido el cual, se encaminó á la casa de su esposa.

Toda la mortificacion y disgusto que habia experimentado Mercedes, por la demora de su consorte, se tornó en la mas viva alegría, viéndole penetrar en su gabinete, donde se encontraba desilando un fino lienzo, el que abandonó, para estender sus bellos brazos al español.

¡Cuan penosa ha sido la mañana que he pasado en tu ausen-

cia, ¡Roberto miel mas ahora que te tengo, siento que mi alma se ensancha de inefable placer!...

—¡Perdona cara esposa, respondió Espinar, haciendo los mayores esfuerzos por corresponder al cariño que se le demostraba. Yo tambien he sufrido tanto como tú, pero las reiteradas exigencias de unos amigos, obstinados en almorzar conmigo, hicieron inútiles mis excusas, y han ocasionado la demora.

—Deseo saber adonde has pasado toda la mañana.

El español trató de disimular su contrariedad, llevando su mano á la cara, en ademán de arreglarse los bigotes.

Con el mayor gusto voy á complacerte mi bella tiranucha... principiaré por decirte que sali... como recordaras...

—A las siete y treinta y cinco minutos.

—¡Me place tanta exáctitud!...

—No te sorprenda fije mi desolada vista en el reloj, que marca con precision los tristes instantes en que no te miro!...

—Habia apenas caminado cuadra y media, prosiguió Roberto, deseoso de eludir las amorosas quejas de su esposa; cuando fui detenido por dos compatriotas y amigos míos, que me intimaron su resolucion de no dejarme hasta despues del almuerzo. Fuéme pues forzoso seguirlos; hasta la casa de uno de ellos, en donde todo se hallaba al efecto preparado.

—¿Y solamente los tres almorzaron juntos?

—No, pues á pocos instantes llegaron otros convidados.

—¿Muy simpaticas eran las señoritas que hacian honor á la mesa?

—Ninguna habia: todos perteneciamos al sexo masculino.

La muger respiró.

—Quiero me digas la hora en que te separaste.

—Cuando mas hurán veinte minutos.

—Gracias mi amado Roberto; voy ahora á darte cuenta de todas mis acciones, y hasta de mis pensamientos, durante las cinco horas trece minutos mortales, que has estado ausente de mi.

—¿No puedo explicarme, porque al verte salir en la mañana de hoy, senti la mas estraña agitacion, como si un mal gravísimo hubiera sobrevinido?... Apenas bastaban para calmarme, mis propias reflexiones, y los gratos pensamientos con que quise alhagar mi espiritu. Hallábanse mis manos ocupadas en ese bordado que dejé á tu vista, y pensaba al mismo tiempo lo feliz que seria, si en vez de habitar en una ciudad tan concurrida, en un barrio tan bullicioso, pudiera alejarme á una de esas pintorescas y sosegadas praderas, que solo habita el campesino inocente. Feliz deslizaria el resto de mi vida, mirando con agrado esa prodijiosa variedad de matas florestes en las que posa el rocío de la mañana, y cuyo perfume suave y delicado, embalsama el ambiente que se aspira. Apoyada cariñosamente de tí, y en gratísimos colóquios de invariable afecto, paseariamos esos sitios recreativos, embelezada nuestra alma, de esa creacion,

virgen, en donde trinan de contento los pajarillos, y la inocente mariposa, estiendo libremente sus vistosas alas, y se alimenta en el caliz de una y otra flor. Allí, bajo los frondosos ramajes, circundados del lirio, del jazmin, de la azucena, del nardo y de la rosa, aspirando el delicado ambiente de las flores, formariamos con ellas un modesto ramillete, para ofrecerlo á la imagen sacrosanta de Maria, como la humilde ofrenda de nuestro filial y grato amor!...

—¡Ambicionas en verdad una existencia muy poética!... repuso Espinar con manifiesta distraccion, y como dominado de una idea fija. Es cierto que tu recuerdo ocupa siempre mi memoria, y aunque sin ocurrirseme semejantes idealismos, estoy á punto de obtener para ti, una realidad mas deslumbradora, que los reflejos del crepúsculo sobre el animado esmalte de las flores silvestres.

—Acaba de decirlo mi amado Roberto!...

—Ya que te empeñas en saberlo, no te ocultaré, que la esposa de un amigo mio, trata de venderme una preciosa joya, muy parecida á una que guardas en uno de los cajones de tus comodines.

Inmediatamente sacó Mercedes, una multitud de cajitas de diversos tamaños, las que fué abriendo, para presentar á la asombrada vista de su consorte, los mas ricos y costosos brillantes.

Casi embargada su voz, no se atrevia á expresar una palabra de admiracion, pareciendo estraviarse su mirada de fuego.

—¿Ves este denario?... lo guardo como un presente de mi inolvidable padre.

Nada escuchaba Espinar; parecia acometido del vértigo.

Por su frente que abrazada una terrible idea, pasó su mano convulsa.

La jóven que tenia fija su atencion, nada mas que en sus propias operaciones, fué distraida por la presencia de una criada que le anunció la llamaba con presicion su mamá.

—Guarda todo Roberto, en el primer cajon del comodin, y espérame. Le advirtió Mercedes saliendo seguida de la sirvienta.

Al verse solo Espinar, dirigió su observacion por todos los lados, por las habitaciones contiguas, y aquellas por donde debia salir para la calle: todas estaban completamente desiertas.

Oyó asi mismo, la voz de su esposa y de su suegra que hablaban en el interior.

¿Era acaso presa de un burlesco ensueño?... Toda esa profusion de magnificos brillantes que tenia á la vista, y todas aquellas valiosas letras que abultaban su cartera, iban á pertenecerle exclusivamente, y á constituirle en hombre de rango y de valer?... ¿Esa frenética aspiracion de toda su vida, se realizaba tan facilmente?... ¡El!... un pobre patan de Cataluña, arrojado sin piedad del seno de su misera familia; perseguido siem-

pre de la adversidad y de las penurias, volvía de nuevo á las playas de su amada patria, rico, hermoso, y jóven aún?... ¡Aquél adorado ensueño, que sin cesár habia exitado su acalorada mente, era ya el faro luminoso, que iba á guiar en adelante los pasos inciertos de su extraviada vida?

—¡Oh posesion tan suspirada del caro objeto que amo desde mi niñez!... ¡Manola!... Manola mial... exclamó enjugando el sudor de su frente; tú inspiras mis elevadas ideas y robusteces la fuerza de mi valor á tí no mas, arráncó el mágico talisma, que hace abrirme de par en par, las puertas de esa tan poco traficada senda que conduce á la felicidad!... ¡Oh! aprovechemos estos brevisimos instantes, huyámos de este sitio tenebroso, que acalla mis afectos, y oscurese mis idealismos!... ¡Todo esto para ella y para mí!... murmuró con sorda voz, sacando un pañuelo que tendió sobre la mesa.

—¡Pero no caben las cajas!... ¡Ah! ¡Feliz idea!... agregó abiéndolas todas y desnudándolas de sus respectivas joyas, con tanta lijereza, que hacia honor á sus manos.

Volviolas en seguida á cerrar, y á colocarlas vacias en el mismo sitio que le habia indicado Mercedes.

Con el pañuelo casi lleno de oro y de brillantes, salió atravesando de puntillas dos habitaciones, la sala, y el pátio á la carrera.

Cuando se vió fuera, aspirando con toda la fuerza de sus pulmones el aire libre; trató de reponer sus facciones contraídas por el frenesi, y de calmar las palpitations siempre violentas de su pecho.

Llegado que hubo á la estacion de San Juan de Dios, subió de un salto á uno de los coches del tren, que partió para el Callao, en donde sin retardo y unido á muchos de sus compatriotas, se embarcó en una de las fragatas de la *expedicion científica española*.

Mientras tanto, Mercedes llamaba por toda la casa:

—¡Roberto!... Lobo mio!...

Ni una voz, ni un movimiento.

—Ha salido otra vez murmuró con semblante entristesido, dejándose caer en un asiento.

## XIV

### Nerviosidades.

Habian sonado las cuatro de la mañana, del siguiente dia al de la fuga de Espinar, y Mercedes Duval, acostada en su lecho, no habia podido un solo instante conciliar el sueño.

Presa del mas violento y cruel desasociado, en vano buscó toda la noche el lenitivo de sus primeros pesares, en el adormecimiento de su cuerpo y de su espíritu; en vano trató de alejar los fatales presentimientos que venian á ennublecen el clarísimo horizonte de sus esperanzas, y á destruir la paz de su vida; en vano en fin, atribuía la dilatada ausencia de su esposo, á excepcionales compromisos que no pudo tal vez evitar, ó algun extraordinario suceso que no alcanzaba á preveer.

Todos sus ratiocinios y sus esfuerzos no bastaron á devolverle su perdida tranquilidad, ni á docilitar la indomable firmeza, de sus párpados secos y enardecidos.

Hay seres que presienten su inmediata felicidad ó desventura: corazones que dan sus anuncios, al impaciente compaz de sus latidos; del mismo modo que el sensible organismo de la muger amante, no esquiva sus impresiones vivas.

Mercedes, despues de tan prolongado insomnio y crueles aji-taciones, cayó en una especie de marásmo, que le representó, un lujoso salon cubierto de transparentes cortinajes, magníficos espejos de venecia, ostentosos y cómodos divanes, sobre uno de los que, una hechizera catalana, se hallaba reclinada en voluptuosa actitud.

Era de noche, y la profusion de luces artificiales, que despedian las arañas de cristal, iluminaban todo el aposento, haciendo resplandecer el lustre tornasolado del vestido que cubria á la española, y aumentádo el brillo hiriente de las joyas que adornaban sus manos y robusto cuello.

Llena de admiracion, reconoce la Duval, ser las mismas que habia enseñado esa tarde á su esposo, y creia tener guardadas en su comodin.

Oye de súbito un golpe vibrante y prolongado, á cuyo eco, se abren uniformes varias puertás, por cada una de las que, penetra un lacayo, conduciendo una bolza llena de oro, que todos á la señal del que parecia el dueño, depositan á los pies de la voluptuosa muger.

Mercedes al verle, exclama llena de angustia:

—¡Amado esposo!...

Mas apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando un enorme y violento sacudimiento hace que choquen con gran estruendo unos con otros los dorados muebles, que quedan esparcidos en mil pedazos; caen los cortinajes rasgados; las astillas de los espejos venecianos, riegan todo el pavimento, sobre el que tambien se estrellan las cristalicas arañas, dejando todo en la mas profunda lobreguez.

La escena cambia súbitamente. Aparecen entónces multitud de horribles espectros, danzando con algazara, al rededor del lecho de un anciano moribundo. El feroz y bullicioso *deprofundis* que entonaban con plañideras voces, sus centellantes y salvajes miradas, asustaron á Mercedes, hasta el punto de hacerle dar un fuerte grito, que la recordó sobresaltada.

—¡Dios mio, Dios mio! oró llena de tribulacion, apiadaos de la muger infeliz, á quien perturban tan sombrías imágenes!

La luz del dia, esa mensajera celeste, penetraba ya al traves de los cristales, auventando las tristes sombras de la noche.

Mercedes la saludó con sus devotas oraciones; se vistió lijaramente, y abriendo una ventana de vista para la calle, se determinó esperar allí á su esposo.

Derrepente la voz agitada de Duval, que entraba de fuera, la hizo correr hácia él:

—¿Qué te ha sucedido hermano mio?

La madre llega á ese tiempo.

—Habla pobre hijo ¿qué tienes?

—¡Oh! dejad, dejad, que me crea presa de una terrible pesadilla: burlado por un hermano, por un amigo... Ah!... ¡que horror!...

—¿Qué dices!... exclamaron ambas mugeres á la vez.

—¡Oh hermana mia!... el golpe es muy doloroso para tu razon!... y para voz tambien mi amada madre: dijo, estrechándolas en su pecho.

—¡Di presto! exijieron.

—Ayer á las cinco de la tarde, Espinar de Lobo, despues de hacer cancelar el pagare de cien mil pesos, en la casa de Robs y C.<sup>a</sup> y de sustraer á mi hermana todos sus brillantes, ha fugado como un ladron, embarcándose en uno de los buques de la armada española!

—¡Qué escucho!... ¡Dios mio!... exclamó Mercedes precipitándose á sus comodines, y convenciéndose de la realidad del hecho.

—Lo que has dicho no puede ser verdad; gritó la señora, por que esa depravada accion no cabe en un castellano!

—¡Pero las cajas están vacias de sus joyas... madre mia!...

—¡Ojalá no fuera cierto lo que os digo, prosiguió Manuel, con exaltacion, pero acabo de adquirir la evidencia del hecho; lo mismo que de ser nada mas... que ...

—Y bien!...

—¡Un infame espía del gobierno español...

Si una centella hubiera caído sobre las dos señoras, no hubiera producido en ellas mayor estrago.

Sus labios no pudieron articular una palabra más.

El estado de violencia en que se encontraba Manuel, era estremado. Iba de un lado á otro de la sala con gran agitacion.

El asombro de la señora, y la inmovilidad de su hermana, le impresionaron más vivamente, y acercándoseles, fué solícito en todo género de consuelos.

Derrepente, un agudo grito dado por Mercedes, alarma á todos.

Las facciones de su bello rostro se contrajeron al instante, crispáronse sus manos, y los ojos cárdenos é hinchados, parecían salirse de sus órbitas.

Sujeta firmemente en los brazos de su angustiado hermano, hacía los mayores esfuerzos por desairse.

La señora clamaba anonadada á su hija.

Los criados corrieron en busca de médicos y de esencias medicinales.

Pero todo sin ningun objeto, porque la infeliz Mercedes, en medio de tan crueles y violentas pesadumbres, habia enloquecido.

## XV

**El 14 de Abril de 1864.**

Risueña perspectiva presentaba el límpido y azulado horizonte de nuestros mares, cuyas aguas, meciéndose en esas suaves y pacíficas ondulaciones jamás interrumpidas, parecían facilitar el curso acelerado que seguían los tres bajeles de la *expedición científica española*.

Grande era la agitacion y el bullicio que reinaba á bordo de todos ellos.

Sobre cubierta, y bajo la toldilla de popa, se hallaban muchos de los súbditos que furtivamente se separaron de la capital y de otros puntos de la República, llevándo algunos, su meritorio contingente de espionajes y robos, cosechados á la sombra de la benignidad nacional, y de la generosa proteccion y confianza que se les dispensaba.

En los diversos círculos formados por los fujitivos españoles,

dábanse cuenta del estado próspero ó adverso, en que los colocará su violenta marcha. Pero desde que todos llevaban bien provistas sus maletas y carteras, de valores efectivos, no era insensates se formasen los mas brillantes paraizos, á la llegada de su pais natal.

El continuo bullicio de las conversaciones fué súbitamente interrumpido por la voz del vijia que anunció:

—«Tierra; las islas luaneras del Perú.»

Esta palabra mágica, hizo volver todas las ávidas miradas hácia los grandes depósitos del fertilizante y rico abono, contenido en las islas «Chinchas.»

A la admiracion que los dominaba, se sucedió una exitacion frenética, bajo cuya influencia, realizaron los mas inauditos hechos.

Apénas hubieron llegado al fondeadero de las islas, cuando haciéndo la mas ridícula ostentacion del poderío que sorpresivamente iban á ejércitar en esos lugares indefenzos; rodean con sus tres magnificas fragatas, un viejo y roido ponton, perteneciente á la débil armada, con que en esa época de aciago recuerdo, resguardaba el Perú sus costas; cuya rendicion, la intimaron con sus acostumbradas ínfulas de despótico señorío.

Desembarcan en seguida con gran aparato belico, en las expresadas islas, cuyo Gobernador, dominado por el susto y la consternacion, depuso cobardemente el signo de su autoridad, en manos de los esbirros peninsulares.

Entónces dieron cima, al acto de profanacion, mas execrable, con que es posible herir hondamente á un pueblo libre.

La enseña de nuestra República flameaba magestuosa en esos depósitos guaneros, bajo la salvaguardia del derecho internacional, y la buena fé de sus pacíficas relaciones con todos los paises civilizados; allí flameaba el pabellon bicolor, simbolizando la independendencia y autonomia del Perú, su benéfica libertad y civilizadoras instituciones; robustesida con inapreciables dones naturales, y firmemente sostenida, por el denuedo y el amor de sus hijos.

Pues bien: arrebatados los agentes españoles del voraz fuego de sus ódios y torpes ambiciones, arrian con mano desalmada el glorioso estandarte de la República; lo arrástran y lo vejan con escarnio, y lo elijen como digno trofeo de tan *imponderable heroicidad!!...*

—«El Perú será en adelante, humilde tributario de la soberbia España, que reivindica sus *legítimos derechos*, y hace cesar la *trégu* de la guerra.»

Dieron luego un feroz y seguido grito semejante al rujido de las fieras:

—¡«Viva nuestra reina Isabel II!»

¡«Viva España!»

—¡«Muera el Perú!»

.....  
¡En esos abominables instantes... Ah!... los armoniosos matices del Cielo, seguían resplandeciendo con animación!.. y la brisa en los espacios se hizo suave y lijera, como el beso de Paz!...

## XVI

### Sacudimientos.

Como era de esperarse, la noticia del atentado de los agentes del gobierno español, en las islas Chinchas, produjo en toda la República, la mas viva alarma, y justa indignacion.

En cada uno de los pueblos, se extendió con increíble celeridad, el fatal anuncio de la toma de las islas, y del ultraje inferido al Pabellon Nacional, aconteciendo en ellos, lo mismo que en la capital de Lima.

Grandíosa é imponente fué la actitud que asumió la noche del 17 de Abril, y harto elocuentes fueron esas primeras energicas demostraciones.

Los hombres de todas las clases y condiciones sociales, sintiendo en su corazon el peso de la afrenta, salían airados de sus domicilios; en direccion á la plaza de armas.

Todas esas compactas y gigantescas masas, hicieron luego resonar los aires, con sus bramidos estremecedores.

—¡«Deguello y muerte para los enemigos de la patria!»

—¡«Viva el Perú!»

Y el estandarte bicolor, unido á las otras enseñas americanas, era el objeto estraordinarias ovaciones.

El marcial toqué de entusiastas marchas, y el cánto armónico de las canciones bélicas, exitaban mas, la ira terrible del pueblo.

—«En la huerta de Presa se refugian despavoridos los infames que han atraído la invacion: gritaba furiosamente el *patriota* comandante Nuño de Castro; caigamos sobre ellos, y que espien sus crímenes con su sangre.»

Y el brillo del acero esterminador, reflejóse en el seno de ese inmenso torrente que se desbordaba.

—¡«Deteneos! repuso una voz, que era la de Manuel Duval; el pueblo peruano es grande y generoso, no puede mancillar sus gloriosas tradiciones, con asesinatos cobardes!»

Estas palabras sirvieron de poderoso dique, y la furiosa multitud se detubo en la plazuela de los Desamparados.

Las voces con que llamaban al presidente, hacian vibrar los cristales, y estremecer los ricos artesonados del palacio.

El General Pezet, que se hallaba en esos momentos rodeado de sus ministros, se presentó en la baranda presidencial, y peroró á la multitud en la forma que sigue;

—«Peruanos—El Gobierno toma las medidas de seguridad que exigen las criticas circunstancias en que nos encontramos, busca medios de vindicar la honra nacional y de salvar nuestras riquezas, alevé y violentamente defraudadas. Aún están frescos los recuerdos de la guerra de la Independencia; de la que fui un actor aunque pequeño. Repitiré esos antiguos servicios, sin excluir el sacrificio de la vida, que pertenece entera al pais generoso, que sin merecerlo, me dispensó sus votos para ocupar el primer puesto de la nacion.»

Todos los ciudadanos quedaron complacidos de la resolucion enérgica manifestada por el supremo mandatario de la Nacion. Desde luego, y llenos de entusiasmo, ofrecieron en aras de la patria, todo cuánto poseían, su inteligencia, sus brazos, sus caudales, la última gota de su sangre!

## XVII

### Resúmen hasta el 27 de Noviembre de 1865.

De todos los gobiernos de Sud-América, el de la República de Chile, fué el que se demostró mas indignado por el atentado de los agentes de Isabel, en el Perú.

Su patriótico celo en defenza de los derechos de América que allí contempló infamemente hollados, como sus instituciones democráticas, próximas á ser desgarradas por el cañon del invasor; le alarmó hasta el punto, de que sin ambages ni temores, y avivando su propia accion, exitaba la de todos los gabinetes, ligados por su propia conservacion, á la causa comun.

El Gobierno nacional, colocado así en la fatal disyuntiva de defender con lealtad los sagrados fueros de la patria, ó de declararse abiertamente como traidor á la fé que en él depositaran nuestros pueblos republicanos; obtó por conciliar estos dos grandes extremos, y todo su ahinco, todos sus mas vehementes afanes, se concretaron siempre á éste solo objeto.

Escuchando por do quiera el incesante clamor de los [exal-

ados ciudadanos, que le instaban sin tregua á la guerra, y le pedían venganza y sangre con que lavar el inmundado lodo salpicado en el estandarte bicolor; rodeado de adictos á la causa bélica, y de triunfales manifestaciones públicas que hacían su suplicio; con astuto ardid, ora propalando una falsa amenaza contra la escuadrilla de Pinzon; ora dictando alguna disposicion enérgica á manera de paliativo, y siempre respondiendo con su existencia, logró ir apagando las llamas populares que amenazaban devorarlo, y lentamente adormeció el entusiasmo patrio.

Los pueblos todos del Perú, creyeron y esperaron; y el consejo ministerial avanzaba en sus misteriosas combinaciones.

La mas prominente figura de aquella época, la del honrado y patriota gran Mariscal D. Ramon Castilla, cuya espada siempre victoriosa, tenia depuesta, para ocupar la curul del representante y de Presidente del Congreso; en la hora solemne, respondiendo al mensaje del mandatario de la República, trató de decifrar francamente la situacion, con estas dos memorables palabras: *convivencias criminales*.

En todos los meses trascurridos desde el dia aciago de la afrenta; ocupadas siempre las islas huaneras por las fuerzas invasoras, no vió tomarse al jefe del Estado ninguna medida de actualidad para vengar el ultraje recibido, ni aprovechó los momentos propicios, para recobrar los depósitos á viva fuerza,

El Poder Legislativo, dividido en opiniones, segun el interes individual que unia á cada congresante, iba al fin á sancionar el tratado preliminar celebrado entre el General Vivanco, representante con amplos poderes del gabinete peruano, y el almirante Pareja, á nombre de la Reina Isabel II.

Debían pues entender las Cámaras reunidas, en su última noche de existencia legal, presididas por el patriota General Castilla, del expresado tratado, que en concepto de la minoría independiente, era un baldon de ignominia para la República, pero que bien acogido por la gran mayoría, siempre ligada á los gobiernos por intereses personales, habria indefectiblemente dádole su beneplásito, si el astuto General no lo hubiese estorbado, cerrando esa misma noche las sesiones del Congreso, en cumplimiento de la ley fundamental del Estado.

Este golpe andaz del bravo Mariscal, hizo sacudir la indolente apatía del pueblo limeño, infundiéndole valor y entusiasmo por la causa pública, la que segun el dicho popular, estaba traicionada en esos tratados afrentosos y humillantes.

Un gran número de ciudadanos reunidos, demostraron públicamente su descontento y animadvercion, que el azoroso gobierno, no aceptó, sino como provocaciones y tumultos subersivos, necesarios de reprimirse con el empleo de la fuerza, que puesta en accion, facilmente dispérsó á la multitud, dejando los cadáveres de sus infortunados compañeros.

El General Castilla, con ese denuedo y presencia de ánimo

que en ninguno de sus actos, ni mas complicadas situaciones l abandonó jamás; se presentó en los salones de palacio, y resueltamente increpa al Presidente y á sus ministros, sobre esos infames asesinatos perpetrados en ciudadanos indefensos.

Se suscitó de aquí, un cambio acalorado de palabras, que dió por inmediato resultado la acordada prision del respetable Mariscal, con las reservas y precauciones indispensables al objeto; y dias despues, su cruel deportacion en la pequeña y frágil nave, «Bergantiu Guisse» abordo de la cual, sin rumbo determinado y al evento, fué condenado a surcar las ondas embravesidas del Océano.

Los tratados se llevaron luego á efecto, cumpliéndose por las altas partes contratantes, algunas de sus respectivas estipulaciones.

El germen del descontento tomó asi un colosal desarrollo; la ira y el furor de los pueblos llegó pues á su colmo; la temible hora del escarmiento se acercaba sin remedio; la explosion amenazaba estallar en toda la República, precipitándola en un abismo de males sin cuento.

El Gobierno que con singular esmero, aprovechaba de los vastos elementos de dominacion existentes en sus manos; que llenaba las masmorras subterráneas de adversarios peligrosos; que renovaba los tenebrosos tiempos de la Inquisicion, con todo su aparato de refinados tormentos; que aseguraba la sujecion de las provincias, con funcionarios adictos y bien agasajados; rodeándose por do quiera de un numeroso ejército: juzgabase temerario é infructuoso, cualquier plan aislado, que no contase con el apoyo de esa misma fuerza que le sostubiera.

Fué entonces que el coronel D. Mariano I. Prado proclamó la revolucion restauradora en Arequipa, como Prefecto de ese Departamento, y el coronel D. José Balta en el Norte; que secundaron ardorosos todos los pueblos del Perú; y la que triunfó con la ocupacion de la Capital de Lima, por las fuerzas unidas el 6 de Enero de 1865; realizándose en 25 del mismo, el inesperado acontecimiento por el cual, los libres habitantes de la República del Perú, quedaron subyugados y discrecionalmente sometidos á la autócrata voluntad del jefe vencedor.

## XVIII

### El corazón de una limeña.

Profunda sensación produjo en las altas clases de nuestra sociedad, la inesperada desgracia, que había sobrevenido en su matrimonio á la estimable niña, Mercedes Duval.

Leonor Olivier recibió ese mismo día una esquela de Manuel, en que le participaba esos tristes sucesos, que la llenaron de verdadero dolor.

El padre de esta niña, aunque algo participaba de la general condolencia, tubo sin embargo muy á mal, y miraba con profundo disgusto, las inequívocas muestras de afición reveladas en el semblante de su querida hija.

Quiso pues el francés resolver el punto algo problemático, que comunicó á su esposa.

A la siguiente mañana, oyó Leonor la voz de la señora que la llamaba.

La niña penetró en las habitaciones donde halló también á Mr. Olivier sentado en una poltrona.

—Y bien hija mía; la habló doña Getrudis, con voz cariñosa: tu padre y yo, estamos muy cuidadosos de ti...Hacen varios días que observamos con suma sorpresa esa grave mudanza, súbitamente operada en tu carácter siempre jovial y festivo: te miramos ahora triste, estremadamente abatida y desaliñada, sin que ningun esfuerzo baste á disipar ese cruel malestar que nos revela!...¿Qué tienes hija querida?...¿Has podido acaso hallar en el hogar doméstico, la causa de las estrañas penas que te conmueven?...Habla mi Leonor, nada ocultes á tus afijidos padres que tanto te aman; di, ¿por qué sufres?...

—No comprende mamá, respondió la niña, esforzándose por sonreír, como haya podido demostrar involuntariamente, un pesar que á la verdad no siento!

—Eso no es exacto Leonor, repuso el francés un tanto demudado; pretendes disimular las causas de tus padecimientos, porque en ellos existe sin duda algun enigma.

—Demaciado sabeis padre mio, que no guardo secretos para voz.

—En vano apelas al disimulo ¡en vano te esfuerzas por silenciar, lo que tanto se demuestra en el asulado surco, que el llanto ha formado en tus ojos. Si hija del alma; tú has vertido

lágrimas en el silencio, yo te he visto llorar ayer en la mañana, al pasar por tu gabinete, y nada pude decirte, porque la desesperacion ahogó mi voz!...

—¡Padre mio, perdonadme! es cierto que mi alma sufre, desde el dia funesto, en que una familia amiga, jime bajo el peso de inmensas desdichas!

—Pero esas impreciones tan vehementes demuestran muy vivo interés hacia alguna persona de esa familia...

—Asi es, respondió la niña bajando sus ojos; siento un verdadero afecto por Manuel, y perdonad no os lo haya comunicado hasta hoy.

La indignada mirada del francés brilló como el relámpago.

—Tú corazon inosente que solo á nosotros estaba antes consagrado, late ahora al violento impulso de un bastardo afecto... Nada sin embargo has solicitado de tus padres, ni aun el provechoso consejo, que hubiera podido desviarte de esa tortuosa senda cruzada de abismos!...

—No me culpeis en manera alguna, sobre hechos de que yo misma no sabré darme cuenta!...A vuestro lado siempre alegre y dichosa, deslizábanse las horas de mi vida, dulcemente ahagada con vuestras contemplaciones, festejada en medio de los recreadores goces que presta la opulencia, y sin que la menor en ningun instante, la suave paz que mi alma disfrutaba. Mas al fin llegó un dia, en que la presencia de Manuel, su voz y sus miradas, infundieron en mi corazon, un secreto desasocio que vanamente trataba de calmar, el que me producía sobresaltos ó congratulaciones intimas, y el invencible rubor, que para declararlo á vosotros, hizo sellar mis labios! Le amo padre mio desde el instante en que le ví, le amo como al solo hombre que puede en el mundo brindarme la felicidad!...

—Te creemos á pesar de tan estraña situacion, hija siempre sumisa y obediente á los mandatos de tus padres.

—Decis bien señor, siempre sumisa hallareis mi voluntad á la vuestra.

—Escucha pues, prosiguió Olivier con grave alteracion; tu madre y yo, mirámos con profundo disgusto, las pérdidas asechanzas de ese hombre desleal, que furtivamente anhela tu deshonra: nuestra voluntad te prescribe le rechazes para siempre.

—¡Imposible padre mio!...replicó Leonor exitándose con dolorosa angustia; voz exijis un sacrificio infinitamente superior á mis débiles fuerzas!...Yo no puedo obedeceros hasta ahí, porque solo con el corazon, podré arrancar mi amor primero!...

Toda la sangre se agolpó en la sombría frente del francés, que principiaba á ser dominado por el furor.

—Recuerda bien, que hasta hoy, ni una sola vez te dejé oír mi voz imperiosa; mas ahora, no solo te mando, olvides y repeles esa insensata pasion; sino que te prepares á ser la esposa de

un hombre verdaderamente digno de ti, de un europeo, esto es, del caballero Bachini.

—¡Que estais diciendolo!...gritó la muger retrocediendo violentamente.

—Es el señor Bachini á quien yo elijo por tu esposo, y...

—¡Jamás! interrumpió la niña, cubriendo con desesperacion su rostro.

—Te unirás á él porque yó lo mando; repitió Olivier, reprimiéndolo en cuanto pudo sus ímpetus de violencia.

—¡Núnca podré ser de otro, sino de Manuel!...

—¿Ta has revelado acaso contra tns padres?...¿eres acaso la hija adorada de quien tengo el derecho de ser obedecido?...¿Tú, Leonor, eres quien te opones á mis determinaciones?...

—¡Ay de mí!...yo no amo al que voz me imponéis!

—No es forzoso amar al hombre que se acepta por consorte. Los matrimonios en Europa, núnca se contraen por afecto, que fuera necesidad, sino por convicciones íntimas. Basta á cada uno de los conyuges, guardar alguna estimacion por su elejido, que las pasiones volcánicas, solo existen en la mente de los novelistas. Ejercita esas impresiones de inmensa ternura, en los frutos de tu union conyugal; ama como ciega idolatria a tus hijos, que para eso no mas se hizo el corazon de la muger!

—¡Me estais desgarrando el alma padre mí!...

—Sufres así, porque tus iluciones juveniles, se sobreponen á toda seria reflexion: ¡vives no más que de ensueños vaporosos!...La muger cuando debilmente compromete los afectos de su suerte, se hace desgraciada, porque no premedita sobre las graves consecuencias á que puede arrastrarla su insensata pacion; porque no examina si el hombre con quien pretende unir su suerte, es capaz de formar su bienestar.

—Pero Manuel es un jóven intelijente pundonoroso y honrado; posee ademas un corazon de esquisita sensibilidad, en que se albergan los mas elevados sentimientos!...

—¿Qué necesidad es la que estás expresando? gritó el iracundo francés. ¿Cuáles son los recomendables dotes que pueden jamas atribuirse á un hombre, dominado tan solo por las ideas de las modas, los saraos, los caballos, y la nécia ostentacion; un hombre inútil, que para nada sirve, un peruano en fin?...

—El ódio señor, os ciega y os hace ser injusto; bien sabeis que muchos de esos peruanos que tan cruelmente denostais, pueden con ventaja igualarse á los primeros hombres de Europa. No ignorais así mismo, que esas ficticias y dañosas superfluidades de las modas, son importaciones exclusivas de la misma Europa civilizada.

—Has nacido en el Perú, amas neciamente á un compatrióta, y es esta la razon de tus defenzas y de tus elogios. Pero núnca

permitiré, francés como soy, que una hija mia contraiga tan horrible enlace, ¿lo entiendes?...

—¡Yo le amo con toda mi alma! reiteró la muger, prorrumpiendo en inconsolable llanto.

—Pues desde hoy aborrécele!—

—¡Ah!...¡yo voy á morir!...

—Preparate á ser la esposa del señor Bachini! le impuso el francés en el colmo de su furia, saliendo de la habitacion.

—¡Piedad, piedad padres míos!...gritó la infeliz Leonor, buscando amparo en el regazo materno, ¡piedad para vuestra desolada hija!...

## XIX

### Mudanzas del tiempo.

En una de aquellas despejadas mañanas del mes de Enero de 1866, los solitarios barrios del Cercado, eran favorecidos por la presencia de una distinguida familia, que no hacía mucho tiempo, habia tomado por recreo una de esas modestas casas de huerto, donde es tan facil deslizar la existencia en dulce y tranquilo apartamiento.

Esa familia que no era otra sino la apellidada Duval, sufría pacientemente los desastrosos efectos de la traicion que hiciera á la fe conyugal de Mercedes, uno de los tantos aventureros extranjeros, que plagan nuestras ciudades.

Sumida estaba siempre la infeliz esposa de Espinar, en el mismo estado de amencia á que la redujera el súbito desencanto de sus mas bellas iluciones.

Sentada al lado de su aflijida madre, ambas tristes y silenciosas, se asemejaban al grupo del dolor.

Desde el momento en que la desgraciada niña, habia perdido el uso ordenado de sus facultades mentales, ningun esfuerzo fue bastante eficaz para obligarla á espresar alguna palabra, ni hacerle verter una lágrima de sus ojos.

Identificado Manuel, en los sufrimientos de esos seres íntimos, volvía su inconsolable mirada al caro objeto de su amor, á Leonor Olivier, para contemplarla, no ya como en anteriores dias, con la belleza y losania de las flores, pues desde la aciaga intimacion del frances y por molestias sucesivas, no mas exalaba como ellas sus delicados perfumes, reteniendo apenas su cáliz casi marchito, la sávia de la vida!

En efecto, todo ese brillo fúlgido que animaba y engrandecía sus perfecciones físicas, se iba lentamente apagando; el astro esplendoroso que la sostuviera, había declinado!...

Ya no despedían sus negros y rasgados ojos, esas cautivantes miradas, que eran en otro tiempo el dulcísimo presagio de inefables esperanzas; empañose su límpido cristal, dejando solo entreveer, el malestar profundo que la devoraba!...

Aquella frente hermosa, purísimo reflejo de su virginal inocencia, se abatía é inclinaba á impulsos de graves padecimientos físicos y morales!

No se entreabrían mas sus delgados y descoloridos labios, sino para dirigir á sus solícitos padres, alguna palabra de consuelo, y á su infeliz y desolado amante, alguna melancólica esperanza para la eternidad!

Su mal físico era insanable, y cuando pudieron advertir los médicos, ciertos inequívocos síntomas que analiza la ciencia, declararon unánimemente, que la tisis había llegado á su último y funesto período.

Para Leonor no existía pues, sino la santa y espiritual esperanza, de nuestra religion cristiana.

Manuel la visitaba asiduamente, aprovechando las ausencias del francés, y sintiendo amarla con mas intencion póstuma.

— ¡Vos tan joven... tan bella é inocente!... la dijo un dia, entre las violentas agitaciones de su espíritu!

¡Vos que albergais un corazón palpitante de angélicas y sublimes virtudes, y que sois mi sola esperanza en el mundo!... habreis aun de vivir, os arrancaré de las garras de la muerte, porque necesito de vuestra vista, porque sin vos yo moriré tambien.—

— No forjeis en vuestra mente vanas ilusiones!... le respondió con sensible acento; ni hagais escuchar palabras de esperanzas terrestres!... á la que en breve ya no existirá mas!...

— ¡Pero no es posible que tan presto os arrebate el Cielo, cuando tanto os ama mi alma aqui en la tierra!... ¡Ah!... yo debo ser presa de una atroz pesadilla!...

— ¡No mi amado Manuel, estais despierto... todo cuanto os rodea es la misma realidad!... Contemplad bien mis quebrantadas facciones revestidas con los síntomas de la muerte!... Si, todo os anuncia el fin ya cercano de mi existencia en esta morada de dolor!... Pero mi alma siempre solícita y amante, os asistirá desde esas invisibles regiones, como un ángel familiar de vuestra vida!.. Se regocijará animándoos en la fe cristiana; en al viva confianza resignada en Dios; en todos los bienes que hagais al necesitado!... gozará con vuestro contento, llorará con vuestras lágrimas... reanimará vuestro espíritu desfalleciente en la soledad y el desamparo... dandoos fortaleza para el dolor de

tristes recuerdos ..y dulce abnegacion para consumir vuestros dolorosos sacrificios!.....

É interrumpida por un acceso de tos, se levantó Manuel, procurando ocultarla los sensibles efectos del pesar que lo devoraba.

XX

**Despedida á la Europea.**

Alarmado sobre manera el italiano Bachini, por las graves dolencias de la bella Leonor, cuya causa única eran su pretensiones hacia ella, y las continuadas imprudencias y hostilidades del padre, en largos meses, para realizarlas, desistió al fin de sus necios propósitos, y determinó emprender su marcha para Europa, la que llegó á efectuar dos meses despues, llevádo como recuerdo inolvidable del Perú, la cantidad de quinientos mil pesos, que habia logrado capitalizar, y dirijiéndo desde la cubierta del vapor á las playas peruanas, su última despedida, en un grosero y torpe denuesto.

Saca en seguida su pañuelo para sacudir el polvo, no de sus piés desnudos y desaseados con que pisó por primera vez esta tierra tan pródiga para los extranjeros ingratos, sino de los elegántes botines que á espensas del Perú, calzaba orgullosamente.

*Lizardo Revolle*

XXI

**Del 27 de Noviembre de 1865 al 1º de Mayo de 1866.**

Victoriosa en el Perú, la causa de la restauracion, y consumado el golpe de Estado de 27 de Noviembre, en virtud del cual, el coronel Prado quedó constituido en Jefe Supremo de la República, llevóse á efecto el gran deseo de la Mayoría de los pueblos, en la solemne declaratoria de guerra al gobierno de Isabel II.

La poderosa escuadra española que se encontraba á la sazón en los puertos de Chile, despues de haberlos oficiosamente bloqueado durante la expresada guerra civil; se preparó á escarmentar duramente, la audacia de dos naciones débiles.

Los pocos buques que formaban la armada peruana, prontamente fueron mandados a las aguas de esa hermana aliada, para unirse en alianza y proceder en combinacion y acuerdo reciproco.

Muy importantes resultados obtubieron las primeras operaciones de la escuadrilla aliada, y bien funestas fueron para el Almirante español D. José Manuel Pareja.

La toma del trasporte «Covadonga,» y la sustraccion de las comunicaciones que le dirijiera el Gobierno de S. M., exasperaron extraordinariamente el ánimo del Almirante, bien inmutado ya con el derrocamiento del Gobierno del General Pezet, y la consecuente anulacion del célebre tratado que arregló con el General Vivanco; por estas ú otras causales reservadas, se juzgaria culpable de descuido é impericia, de faltamiento á sus delicados deberes, ó á especiales prevenciones de su gobierno; pues no de otra manera se consibe, como pudo llevar á efecto, el propósito criminal de suicidarse.

Mendez Nuñez que le sucedió en el mando, esperimentó tambien el terrible desastre de Abtao, en cuyo combate, la sola y pequeña flota peruana, midió arrojada sus fuerzas, con los cañones de las magnificas fragatas enemigas, obteniendo sobre ellos, espléndida victoria.

Heridos asi en su altivez y considerádo la inutilidad é inminente riesgo de su permanencia en estas aguas, resolvieron como estupénda represalia incendiar ántes de su partida los puertos del Callao y Valparaiso, anunciádo por comunicaciones oficiales al cuerpo diplomático, que el bombardeo del puerto principal de Chile, tendria lugar el 31 de Marzo.

La República de Chile, tan orgullosa de su valor, de sus tradiciones guerreras, de su entusiasmo pátrio, tembló á esta intimacion de plazo tan perentório; vióse sin elementos de fuerza, para rechazar á quienes le notificaban el ultraje de su nacionalidad y la destruccion de sus hogares. Se apresuró entónces á desmantelar sus fuertes, y á disimular toda demostracion bélica, dejándose oír la autorizada voz del cuerpo diplomático, que espuso al jefe de la escuadra peninsular, era Valparaiso un pueblo inerme, una plaza puramente comercial, una poblacion indefensa, en donde existian depositados cuantiosos intereses de europeos neutrales.

Pero ninguna reflexion evitó el cumplimiento de tan bárbara amenaza, y en el mismo dia señalado, arrojaron á mansalva sobre ese hermoso puerto, innumerables bombas y balas rasas, que abrasaron y destruyeron sus mejores edificios, y una gran cantidad de valiosas mercaderias.

La noticia de tan bárbaro hecho, produjo en los pueblos de Perú, la mas viva y extraordinaria alarma.

Todos sus hijos, sin ecepcion de clases ni condiciones, se prepararon entónces para el combate; unidos y fuertes los peruanos, tomaron una actitud imponente.

Al efecto, bajo la dirección del secretario de la Guerra, D. José Galvez se acopiaron y ordenaron los muy pocos y deteriorados elementos de defenza marítima, existentes en el Callao, que consistian en algunos antiguos cañones, diseminados y en completo abandono, con los que se improvisaron algunos fuertes, amurallados con sacos de arena; dos pequeñas torres denominadas Santa Rosa y la Merced, con dos cañones cada una, de regular calibre: dos endebles buques de madera con doce cañones, y el pequeño blindado «Monitor Victoria,» al que por burla llamaban los gallegos el *macaco*; era todo lo que constituia el conjunto de elementos ofensivos y defensivos que se alistaron contra la formidable flota que venia á derribar y á insendiar los edificios del Callao, como impunemente acababa de hacerlo en Valparaiso.

Todos los ciudadanos republicanos, segun su estado y sexo, tomaron una parte activa y útil.

Las personas pudientes, ofrecian voluntariamente su dinero; los pobres sus brazos y su vida; los filantrópicos, algun salon de sus casas para hospital de sangre; la mas distinguida juventud se organizaba en compañías de bomberos, y se disputaba un puesto en el lugar del peligro; las señoras ejercitaban sus manos en hacer hilas, y el clero imploraba la misericordia de Dios en sus oraciones.

Cuando Mendez Nuñez, señaló el dia en que iba á tener lugar el bombardeo del puerto principal de la Republica, todos los ciudadanos, todos los defensores de la autonomia, instituciones, honor, y riquezas del Perú, estaban ya de pié, listas las punterías de sus cañones, aguardando impacientes, la suprema hora de hacer fuego al invasor.

## XXII

### Jornada memorable.

Triste y nebulosa despuntó la mañana del Dos de Mayo de 1866, dia luctuoso, en que acallados los solemnes estímulos del honor, de la justicia y de la fraternidad cristiana; iban otra

vez los incendiarios de Valparaiso, á exhibir uno de esos execrables y fieros espectáculos de sangre, de desolacion y de esterminio, que tenian deparado, entre ufanas aclamaciones liberticidas, y al brillo ilucionante de criminal victoria!

¡El derecho de la fuerza!...el vandalaje y la tirania...he ahi el poder dominador de las sociedades presentes; la ley ejecutiva impuesta al débil por el fuerte; la doctrina práctica de los despotas de la tierra.

Ese denso veló desprendido de las alturas, y que ocultaba á la mirada amenazante de los hombres armados, el suave esplendor matinal del cielo chalaco; era el fatal anatema lanzado á los causantes de esos hechos trájicos, que iban á realizarse en sus tranquilas aguas.

Separados por una distancia de cinco millas, y entregados á los últimos aprestos bélicos, anhelaban por avistarse dos bandadas enemigas, opuestas en principios, en interés, y en ideas.

Cuatro mil leguas habian atravesado en bajeles de gran porte y bien armados, los que haciéndo flamear la enseña española, y apostados en el cabezo de la isia de San Lorenzo, solo esperaban el mediodia, para llevar el incendio y la muerte, al pueblo que no se dejaba arrebatar humildemente la libertad que alcanzó á costa de incruentos sacrificios, y las riquezas con que la naturaleza lo enalteciera.

Invadida tan temeraria y alevemente la nacion peruana, y amenazada de perder sus mas preciosos dones; aceptaron sus hijos la injusta lucha, á que fueron sin causa provocados.

La hora fatal del combate habia ya sonado; el reló del castillo de la Independencia daba doce campanadas, y toda la escuadra española, compuesta de once buques, entre ellos, siete fragatas de línea, formaban en órden de batalla, y sus trescientos cañones de grueso calibre, apuntaban á las improvisadas baterias peruanas que apénas contaban cincuenta cañones debilmente montados, pero muy bien manejados por las espertas manos de los peruanos valientes, de esos nobles defensores de la patria.

Estallan al fin los dos primeros cañonazos de la blindada Numancia, y entónces, una lluvia de balas razas y bombas incendiarias, alumbran el espacio, y vienen á estremecer las fortificaciones y pequeños buques de los ciudadanos libres, quienes á su vez responden con otra descarga que causa graves daños en las naves invasoras, sosteniéndose un nutrido cañoneo, en medio del cual, y á los pocos momentos, se siente una terrible esplosion en la torre de la Merced, que hace volar su armadura, destrozando en mil pedazos á todos cuantos en ella se encontraban.

Allí, á la cabeza de otros abnegados patriotas, pereció el valiente Secretario de la Guerra, D. José Galvez quien puede decirse, fué el alma de la dictadura, y el mas ardiente promovedor.

de esa memorable jornada, en la cual quiso tomar una parte activa, dirijiendo por sí mismo algunas punterías de los dos monstruos encerrados en esa torre, que sin tal siniestro, habrían undido y hecho trizas á las naves invasoras.

Las detonaciones estremeedoras del cañon, semejantes al bramido de cien truenos en una tormenta desecha, y el cruzamiento de encendidos proyectiles que abrazaban la atmósfera, como si las fauces de los abismos se abriesen, para arrojar su vómito destructor y de esterminio sobre la humanidad; infundían el entusiasmo y el coraje bélico, en todos los corazones, palpitantes en el admirable deseo, de luchar, hasta vencer ó morir.

El entusiásta ciudadano Manuel Duval, que agregado á una compañía de bomberos, se encontraba en los alrededores del pueblo de Bellavista, escuchando los disparos atronadores del combate, marcha lleno de animacion á la bateria de Abtao, á cuyo jefe ofrece entusiásta sus servicios, que siendo aceptados, reemplaza á uno de los oficiales que acababa de caer gravemente herido.

El patrióta Nuño de Castro, vestido de gran parada, y ostentando las insignias de Coronel, habia considerado prudente resguardar su personalidad, en las claraboyas del Castillo.

La capital de la República presentaba mientras tanto, un espectáculo tan interesante como conmovedor.

Una inmensa muchedumbre que ocupaba la plaza de armas y sus calles adyacentes, apiñándose anciosa desde la oficina telegráfica, para imponerse de los resultados parciales del combate, estallaba á cada noticia favorable que se le trasmitía, en vitores y aclamaciones á la República, y en entusiástas manifestaciones al pabellon que la simboliza.

A la llegada de los heridos en la estacion de San Juan de Dios, los jóvenes mas delicados, se disputaban las varas de sus camilla, y en hombros los conducian bien á casas particulares ó á los hospitales de sangre, en donde eran esmeradamente asistidos y curados.

Las puertas de los templos abiertas de par en par, daban libre entrada á la contristada muchedumbre, que postrada ante la Magestad del hijo de Dios, clamaba á voces, por el hijo, el esposo, el padre ó el hermano, que ya creian víctima del cañon liberticida!

.....  
La madre de Duval al lado de su hija, siempre amante y enmudesida, rogaba ferviente por su hijo.

Todos los que llenaban el templo, clamaban del mismo modo por algun ser querido.

La desdichada Mercedes, volvía de un lado á otro su ajitada mirada deteniéndola súbitamente con mas animacion y de un modo indagador, en el semblante entristecido de su aflijida madre.

Ella la estrechó dulcemente en su pecho.

Mercedes sacude luego su cabeza con impresion nerviosa; dilatánse sus facciones, pareciendo recobraban su perdida impresion, y de sus ojos que gradualmente se iban enterneciendo, caen de golpe abundantes lágrimas.

—¡Tú tambien hija mia lloras la ausencia del que te ama!... exclamó doña Juana, sorprendida del favorable efecto, que observa en la pobre amente.

Ella poniendo mayor atencion en el incesante estallido de los proyectiles que fuertemente se percibia entre ese conjunto de gemidos y grandes voces, parecia manifestar el deseo de saber lo que actualmente sucedia.

—¡La escuadra española bombardea en este momento la poblacion del Callao!

En su mirada conoció la madre que interrogaba por su hermano.

—¡Ocupa un puesto en el lugar del peligro; allí defiende con su sangre los fueros sagrados de la patria!...

Mercedes haciendo entónces un supremo esfuerzo, entreábrea sus delicados labios, y con voz casi oprimida, ocultando su rostro en los brazos maternos oró con toda su alma!

—¡Salvad, oh Dios mio! al pueblo que invoca la justicia, y amparad á sus generosos defensores!...

Entre sollozos de alegría y de dolor, acompañó doña Juana á su hija, elevando al Cielo sus devotas plegarias.

.....  
Las cinco de la tarde sonaban en el reló principal del Callao, y el sol aun no ocultaba sus arderosos rayos, dilatando la claridad de la tarde, el sostenimiento del combate.

Aunque desmontados algunos cañones de las baterias peruanas, y sin embargo del funesto suceso de la torre de la Merced, el fuego no se paralizó un instante, y era contestado con esforzada tenacidad.

¡Cuál no seria pues la gloria é inmenzo júbilo de nuestros valientes guerreros, cuando entre los innumerables proyectiles que lanzaban sus cañones, miran la fuga violenta y á toda máquina de los buques enemigos, remolcando sus fragatas inutilizadas.

*La nacion peruana, vengó el vil ultraje inferido a su enseña, y vengó tambien á la América republicana.*

Fué, porque el Dios de los ejércitos atendió propicio los fervidos votos, que un pueblo amante de su religion, y acosado de sus poderosos enemigos, elevó hasta su altísimo y resplandeciente trono de arrobadora gloria; su misericordia infinita fué propicia al Perú, cediéndole la victoria, sobre la mas poderosa armada que ha surcado hasta hoy las aguas del Pacífico!...

## XXIII

### Lluvia de coronas y de flores.

La República del Perú, despues de la memorable jornada del Dos de Mayo de 1866, apareció ante las naciones todas del Universo, circundada con una aureola de inarcesible gloria.

Caro en verdad compró el triunfo de sus armas, pues para alcanzarlo, le fué forzoso pasar por incruentos sacrificios.

Todos los hospitales de sangre, públicos y privados, estaban llenos de heridos mas ó ménos graves, y la sensible pérdida del ilustre Secretario de la Guerra, D. José Galvez, en union de otros generosos próceres de esa guerra nacional, era el holocausto mas doloroso que podia ofrecerse en aras de la patria.

Manuel Duval, que salió igualmente herido en el craneo, fué conducido á su propia casa, en donde reconocida la herida por una junta de medicos, la declararon leve y superficial, pero que le haria padecer, por ser tan delicada la parte lecionada.

En vano aguardaban los peruanos un segundo ataque por las naves españolas, e inutilmente se apresuraban á reparar con prodigiosa actividad, las averías inevitables en tan reñido combate; pues inmóviles en su propio fondeadero, quedaron los españoles hasta las diez de la mañana del 14 de Mayo, en que, con sus tripulaciones diezgadas, y algunas de sus fragatas inservibles y á remolqué, levaron anclas, fugando de la plaza republicana, en que recibieran tan severo y merecido escarmiento.

Entonces todos los vencedores del Dos de Mayo, vistiéndo los mismos uniformes con que espusieron sus pechos al enemigo, y rodeando al Jefe Supremo de la República, emprendieron su marcha triunfal hácia la capital de Lima.

No cuentan los anales nacionales un recibimiento mas ostentoso y espléndido, mas entusiasta y espontáneo, que el preparado á esta falanje de heroicos guerreros, y á su caudillo, por un pueblo ébrio de contento y de regocijo.

Imprecederos serán esos recuerdos de gloria, en los corazones de todos los que coadyuvaron activamente en esa desigual y victoriosa lucha.

XXVI

¿Dormido ó despierto?

Cuatro dias llevaba Manuel Duval de graves padecimientos fisicos, orijinados por la herida que en el combate del Callao, le infirió un proyectil enemigo, y no espermentaba todavia, algun leve alivio que le refrijerara.

Esmeradísima era la asistencia que le prodigaban su amorosa madre y buena hermana, siempre rodeadas de las muchas personas amigas, que insinuándoseles con el mayor afecto, atendian á cumplir con exactitud, las prescripciones de la junta de médicos.

Entregado Manuel en una de esas noches, á una especie de ensueño letárgico, con sus ojos fijos y entreabiertos, miró penetrar en su dormitorio, una sombra blanca y apacible, que lentamente se aproximó, hasta llegar á su lecho. Tan serca de sí, y cuando ella se inclinaba, dejándole contemplar la perfecta delineacion de sus facciones quebrantadas por la enfermedad, su palidez visible, la luz espirante de sus negros ojos, que le miraban con tristeza profunda; hizo exalar á Manuel, un angustiadísimo suspiro, reconociendo en esa sombra ó aparicion, al mas dulce objeto de su vida, á su misma Leonor adorada!... Ajitado y tembloroso, y como en enervante deliquio, sintió el suave roce de esos labios bellisimos sobre su frente, los que despues le hablaban con dulcísima ternura, palabras de despedida que no atendian sus oidos, pero que resonaban en su corazon!

Al tocarle su mano inerte, para estrecharla por la última vez, le sobrevino un violento acceso de tos, que ahogándola en sus esfuerzos, y haciéndola destilar algunas gotas de sangre, la obligaba á breve alejamiento; cuando Manuel, en su martirizante pena, se esforzó por levantarse para detenerla, pero su frente le pesaba demaciado; quizo extender hácia ella sus brazos anhelantes, pero las fuerzas le faltaron; trató de balbucear algunas palabras de amor y de consuelo, mas trepidó su lengua. Entónces dos silenciosas lágrimas de terrible desesperacion se prendieron de sus ojos, las que despues de enjugar ella con amorosa solicitud, salió trabajosamente, apoyándose de los muebles y de las paredes.

Despues de ese ajitadísimo sopor, y en los dias sucesivos, principió á dejarse ver en su herida, las visibles muestras de la

—Tú, perdulario malvado, que ni inteligencia tuviste para tomar lo que el trabajo te negaba!...

—No tan solo para mí, impétre vuestro favor, sino muy en particular para la infortunada Emma; á quien sirvo por caridad, de apoyo y de sosten.

—¿Y por qué no solicita esa imbécil á otros hombres ménos inútiles?

—¡Pero estais aconsejándo...al hombre el robo!...á la muger la prostitucion!...

—Muere cual perro, rugió entónces el Coronel, decerrajando el tiro, que al atravesar el pecho del expósito, le hizo caer bañado en su sangre.

El estallido fué un motivo de alarma en el hotel: las gentes empesaban á subir, en circunstancias que Nuño de Castro, notando en el herido algunos signos de vida, le hace otro tiro, asegurando furiosamente, era ese hombre un ladrón, que habia penetrado en sus habitaciones con criminales fines.

La policia llegó poco despues, y serciorada del hecho en el mismo sentido, hizo conducir al cadavérico herido, en clase de preso al hospital de San Andres.

## XXVI

### Fatal encuentro.

¡El hambre!...¡la miseria!...¡la desesperacion!...he allí las poderosas, causales que indujeron á Mariano de la Cruz, á solicitar el pago del dinero que le adeudaba su antiguo amigo Nuño de Castro, de cuyas manos recibió las dos heridas que lo tenían casi exánime, en una de las cobachas de presos, del hospital de San Andres.

Este acontecimiento, fué tan desgraciado para Emma, que privada de todo recurso, se vió obligada á buscar provisionalmente un asilo en la casa de Amentes, en dónde á trueque de sus servicios le daban la alimentacion.

Atormentado en las postreras horas de su vida por los dolores del cuerpo y las angustias del alma, aguardaba el expósito, con las debidas preparaciones, el instante tremendo, en que debia pasar del tiempo a la eternidad.

En la última noche, habia experimentado esas terribles y violentas agitaciones precursoras de la muerte, y cuyos breves intervalos de descanso, los aprovechaba en exclamaciones y rue-

gos íntimos á la misericordia de Dios, implorando el perdón de todas las faltas con que le habia ofendido!

Llegó al fin la hora póstuma, en que el alma separándose del cuerpo humano, va á cumplir su destino eterno.

La madre de Manuel Duval, que en su casual ida al hospital, deseaba ejercitar algunos actos de caridad con los enfermos; quizo fuese el primero con ese desdichado, ayudándole con algunas exórtaciones propias para entregar su alma cristianamente.

Así lo hizo, dirijiéndose á la cabecera de Mariano, á quien halló en sus últimos y fatales momentos, aunque sin haber perdido todavia el completo uso de sus sentidos.

Doña Juana, rezó las primeras preces, que el agonizante repetía dócil y arrepentido.

En uno de los estremecimientos de su cuerpo, se destapa, y descubre el lindo relicario, que aun conservaba colgado en su pecho, en el que, al fijar su vista la que le auxiliaba, quedó inmóvil y demudada.

—Decidme pobre jóven, interrogó al herido con inexplicable ansiedad, ¿quién os dió este relicario?

—Mi madre... á quien... no conosi...

—¡Vuestra madre!... repitió la señora, con indecible sorpresa.

—Sí... fué ella misma... quien con él... me hizo arrojar... á la casa de los exósitos...

—¡Que escucho!... gritó Doña Juana, con semblante livido y retrocediendo violentamente.

Mariano vuelve hácia ella sus empañosos ojos, y con vos apagada, le preguntó.

—¿Y quién sois... vos... señora?...

—¿Queréis saberlo?... pero como habré de decirle la verdad ..... Oh Dios mio!..... exclamó en medio de la mas penosa confusión, y acercándose mas al oído del enfermo; pero no quieras... ¡desgraciado... arrancar de mis labios el funesto secreto, que ha tanto tiempo encierra mi alma, devorada por el dolor de tus recuerdos!... cierra tu corazón y tus oídos al sagrado título que nos une!... pues esta muger que ves delante de ti... es...

—¡Y bien... acabad...

—¡Es la que te dió el ser y te abandonó!..... si, yo soy tu desgraciada madre, y eres tú, el pobre hijo que tanto han llorado mis ojos!... ¡hijo mio!... hijo infeliz!... Repetía estrechando en sus brazos el cuerpo casi exánime de Mariano, y bañando su tibia frente de lágrimas.

—¡Vos... mi madre!..

—Si hijo de mi corazón soy tu madre, que en este luctuoso momento te estrecho en mis brazos, por la última vez!...

—¡Ah señora!... habló entonces el exósito, sacando extraor-

dinarios alientos de la misma muerte: ¡solo y en triste desamparo...sobrellevé mi misera existencia...como una abominacion de vuestros pasados desvarios!...Me condenásteis desde que nací...á la horfandad...á la inclemencia...á un vivir de acerva desventura...para acallar la voz del deshonor que os hubiera mancillado!...para ahogar los remordimientos...que despertaban...mis primeros gemidos en vuestra alma!...¡Hijo repelido de los maternales brazos!...Veisme morir...cumpliéndose el fin prematuro y desastroso...que me deparásteis!...¡Ah!...¡el Cielo permite...recojais mi postrimer aliento...en el lecho infamante que solo ocupan los criminales!...

—¡Perdon!...¡perdon!...gritó la muger anonadada por el remordimiento y el dolor.

—¡Contemplad...señora...contemplad vuestra obral...

—¡Piedad, Dios mio!...rogó con el rostro bañado de lágrimas.

—¡Ah...gimió el moribundo.

—¡Pero no mueras hijo mio...le insta con aserva efusion; no mueras, sin estrechar la mano de tu desolada madre!...sin darle el perdon que te implora de hinojos!...

—¡Pedis en mis tristes agonias que os perdone?...repitió Mariano, presa de los mas encontrados sentimientos, y fijándole su mirada de cadavérica animacion: pues bien...muger cruel...desnaturalizad...¡Ah!...madre mia!...yo...te.....

Y en alas de la muerte le fué arrebatada la filial palabra, que con el ultimo suspiro exhalara su corazon.

Doña Juana, dándo un ahogado grito, cayó inanimada sobre el cadáver de su hijo,

## XXVII

### Con la vara que mides serás medido.

Dos años hacia que dominaba el gobierno del Coronel Prado los pueblos de la República, siempre instigados á sacudir su indolente apatia, por las tenaces maquinaciones de los conspiradores de oficio, que al fin lograron encender la chispa revolucionaria, en las masas bochincheras de Arequipa, entre algazaras, asesinatos, botijas de chicha, y los albagos del consabido botin que les atraeria la victoria, y la elevacion de sus cabesillas.

Algunos descontentos del Norte, secundaron de la misma

manera el movimiento iniciado; proclamando al Coronel Don José Balta, por caudillo de la revolucion.

Armado de ostentosos aparatos esterminadores, y á la cabeza de sus soldados, presentóse el Coronel Don Mariano I. Prado á las puertas de la ciudad parapetada; intimó rendicion, bombardeó los espesos muros, y peleó al fin, pero con tan mal éxito que fué derrotado.

Un pequeño resto de su ejercito desbandado, le acompañó en su regreso hasta la capital de Lima; pero el fatal descalabro que esperimentára en el *Misti*, le hizo el blanco de las odiosidades del pueblo.

Muchos oficiales descontentos marcharon al puerto del Callao; allí fué tomado por asalto el Castillo de la Independencia, que erisaron acto continuo con todos los cañones que encontraron.

Esparcióse á la llegada del vapor, la noticia de la victoria alcanzada por el Coronel Balta en la plaza fortificada de Chila-yo; y todos los bochincheros de la Capital, tomando entónces una actitud bélica, y auxiliados por un cuerpo de linea, pusieron al Coronel Prado en situacion mas que apremiante.

Algunos jefes y oficiales adictos á la persona del Jefe Supremo, quisieron defenderse hasta los últimos momentos; no así el patriota Coronel Nuño de Castro, que en su prudente retirada, se embolismó de la manera que vamos á referir.

A los primeros signos de hostilidad revelados contra las diez-madas fuerzas pradistas, el Coronel Nuño, como buen práctico, finjiendo un aire especial de distraccion é indiferencia, se fué lentamente alejando de los alrededores de palacio, encontrándose á poco rato, por las lejanas calles del Refugio, en los momentos en que la asonada tomó su completo desarrollo.

Quizo su adversa suerte, que al respirar libremente por aquellos solitarios lugares, y al guiar sus pasos hácia la huerta de un amigo suyo, le vislumbrara cierto grupo de individuos de sospechosa traza, encabezada por un moseton corpulento y de herculeas formas quien al reconocer al Coronel, y lanzándosele con aire de furiosa amenaza, le dice:

—¡Ola infame picaro!...llegó el momento en que vas á pagar los numerosos crímenes que llevas á cuestras, junto con el robo que hiciste al *agricultor ayacuchano*.

El antiguo Candelas, que reconoció bien al que así le hablaba; que recordaba perfectamente los fuertes puñazos y terribles puntapiés que un día le prodigara, y rezando aquel oportuno dicho de—*piés para que te quiero*—los alijeró al punto, pero con tal velocidad, que toda la pandilla persiguiéndole, no lograba darle caza.

El altivo Coronel llegó jadeante á la plazoleta que presenta las salidas de la portada de Maravillas y de las callejuelas del Cercado.

A estas se dirigió Nuño de Castro, con inaudita celeridad, perseguido por la misma turba amenazante.

Casi ahogado y rendido por el cansancio, entra á la plaza de la Iglesia, buscando en vano un lugar en donde refugiarse; apenas podia tenerse de pié, iba á ser presa de sus tenaces perseguidores, cuando distinguiendo entreabierta la puerta falza de la casa de Aímentes, corre á ella, haciendo un último y supremo esfuerzo, y penetra, cerrándola tras sí.

Interpuesta esa barrera entre él y los que le perseguían, lo primero que alcanzó á ver, al internarse en ese recinto, fué á una muger totalmente desfigurada por los estragos de la viruela, la cual, reclinada en un estanque, se ocupaba del aseo de algunas grandes vacijas que en los hospitales sirven para el uso escusado de los enfermos.

A ella se dirige Nuño de Castro, con el rostro bañado de sudor, y sus facciones descompuestas por la fatiga y el susto.

— ¡Ocultadme buena muger!... la dice con lengua balbuciente; señaladme un sitio ó un rincón cualquiera para guarecerme de ese ejército de malvados!...

Los atronadores golpes que la pandilla daba en la puerta, eran para destrozarla prontamente.

Al levantar la muger su vista con el fin de reconocer al que así le instaba, queda estáticamente sorprendida.

— ¡No os estacéis al verme... breve... abrid una de esas puertas cerradas... hacedme invisible... mirad que van á entrar!...

Ella sin soltar la vacija de la mano, cruzó sus brazos con desdeñosa acritud.

— ¡Salvadme por piedad!... le reitera uniendo sus manos en actitud de súplica; ¡libradme de esos viles asesinos que me persiguen, y os prometo, que reportareis los grandes beneficios con que sabré recompensaros!...

— ¡Miserable!... le grita ella retrocediendo indignada! ¿No reconoces á una de tus víctimas?...

— ¡Sufris un fatal equívoco, señora, pues no sé quien sois, y no comprendo como querriais uniros á mis infames enemigos!...

La puerta iba á caer destrozada y el disfrazado Candelas, viéndose perdido, la implora de nuevo, con mayor fervor:

— ¡Por piedad!... ¡no desatendais mi fervido ruego!... salvad á un hombre de sus alevés perseguidores que van á asesinarle!... ¡sois muger y cristiana!... ¡amparad á un desgraciado y evitad un horrible crimen!...

— ¡Aleve asesino!... le increpa al punto la sirvienta con voz convulsa y mirada estraviada! ¿No me reconoces aún?... ¿No vez delante de ti á esa Emma, que infamemente burlaste, y para siempre has hecho desgraciada?... ¿Adónde yacen, di, las infelices víctimas que inmolaste en aras de tu abominable perversidad?... ¿Qué hiciste de mi desventurada madre, y del infortunado exposito Mariano de la Cruz?... ¿sus sombras implacables

no te persiguen por todas partes?...¿sus ayes lastimeros no atormentan día y noche tus oídos?...¿el espectro roedor de tu vida criminal, no perturba tus ensueños y anonada tu mente?... ¡Atras, cobarde asesino!... ¡ladron!... ¡traidor falaz!...

— ¡Injusto Cielo!... exclamó el Coronel, cubriendo su lívido rostro con indecible angustia! ¡Que van hacer estas gentes de mil...

— ¡Execrable asesino... ¿tienes ahora horror á la muerte?...

— ¡Soy inocente Emma; pero aunque no lo fuera, compadécete por humanidad!...

Un último golpe votó la puerta hecha pedazos al suelo.

Nuño ve penetrar á toda la desenfundada pandilla, y casi desmayado cae á los pies de Emma murmurando:

¡Piedad!... ¡Misericordia!...

— ¡Infame!... gritó la iracunda muger, ciega de furia; todos los malvados como tú, son cobardes!... pero no morirás sino á mis manos.....

Dijo, y arrojó con tal impetu la vacija que tenia en la mano, sobre la frente de Nuño, que le hizo caer sin sentido.

Entonces fuera de sí, y en espantosa enagenacion, le golpea barbamente con todos los demás instrumentos escusados de que estaba rodeada.

Apénas pudieron contenerla los mismos perseguidores, cuando vieron su codisiada presa ya cadáver, con el craneo enteramente destrozado.

.....  
.....  
Mientras este trájico acontecimiento, teñía en sangre el suelo del Manicómio, el Coronel Prado, vencido y sin ninguna esperanza, dimitía el Poder Supremo de la República, asilándose en una legacion extranjera.

## XXVIII

### La plegaria del dolor.

Cualquiera que viciare el Cementerio General<sup>de</sup> Lima, con el fin de conocer su apropiada arquitectura y vasta estencion; la tocante magestuosidad de sus labrados mármoles; todas sus bellas obras de material aparato, inspiradas por el génio del artista, ó el afecto de los deudos, rendirá sin duda, un tributo justicia, al buen gusto y cultura del país.

Mas si separando sus pensamientos de todo fausto mundanal, penetrare alguno en ese silencioso recinto, procurando ejercitar sus fuerzas espirituales en meditaciones de otra y mas elevada esfera, serán así muy diverzas y mas provechosas sus impresiones.

En medio de esa ostentacion vana, de la que se rodean *los hombres poderosos* en las pocas horas de su estraviada vida, y la que les acompaña hasta en su misma foza funeraria; anhelosos como fueron de sobreponerse y apartarse á impulsos de su gran vanidad; allí, en medio de esos suntuosos aparatos marmóreos, contempla el filósofo cristiano, toda la nada y la miseria del hombre!...en que vienen á parar sus ilusiones y sus pueriles grandezas!...aleja en su meditacion esos soberbios monumentos de la muerte, para mirar en el seno de ellos, un poco de inmundicia y corrupta materia, triste despojo de la humanidad!...

Ante ese Ser infinito é incomprensible, que llena toda la creacion, y los inmensos espacios que aturden la mente mas robusta; ante la sabiduría y la misericordia del que hizo los Cielos y la tierra, fueron ya atraídos sus inmortales destellos, para darles la pena ó el galardón eterno, según el mérito de sus obras ejercidas en esta morada de prueba en que vivimos.

Pero el hombre apenas detiene su consideracion en esta grave é importante verdad; disipado entre los efímeros placeres que ostenta el mundo; dominado de sensaciones lúbricas; ensoberbesido con los miserables escretos de la tierra, y con un poderío tan miserable y débil, como su misma naturaleza: vive absolutamente apartado de la salvadora ley que reprime sus pasiones; no haya tiempo ni valor para entrar en sí mismo, para entregarse á serias meditaciones, elevándolas al fin para que fué formado.

¡No tiene lágrimas en sus ojos, sino para llorar los bienes materiales del mundo...un puñado de oro!...¡un puesto ventajoso!...¡un amor malogrado y perdido!...

Y no excita las fuerzas de su espíritu para mas, porque esa es su miseria y su fragilidad!...

.....  
En una apacible tarde del mes de Enero de 1870, un hombre, joven aun, de simpática fisonomía, apeábase de su caballo que dejó á un lado, y encaminándose á la entrada del Cementerio General, salió á recibirle un anciano sacerdote, que saludándole afectuosamente le interrogó:

—¿Vais señor Duval á dirijiros al interior?

—Si señor Capellan, le respondió Manuel, con triste sonrisa: deseo pasar algun rato entre los muertos, y acostumbrarme al lúgubre silencio de sus tumbas.

Con paso y actitud modesta, encaminóse Manuel á uno de aquellos magníficos aparatos funerarios, que adornan ese silencioso recinto; allí se detuvo, con el alma trancida de los mas

vivos é intensos recuerdos, inspirados en ese sepulcro que era el de su amada.

Dirije primero á uno y otro lado su taciturna vista, quedándose luego suspenso en dolorosa meditacion...!Ah!...todas sus mas bellas iluciones...todas sus esperanzas...su dulce amor y sola fé...yacían tambien yertas y unidas á ese mísero despojo de la muerte!...

Su alma, entónces, desfalleció en la tribulacion; su frente livida, inclinóse con mas abatimiento; las fuerzas principiaron á abandonarle, y dos lágrimas abrazadoras, rodaron por sus pálidas mejillas.

—¡Leonor!...¡mi adorada Leonor!...murmuró en tristísimo gemido, cayendo de hinojos sobre su tumba.

FIN.

